

GLASTONBURY

Avalon del Corazón

(Glastonbury. Avalon of the Heart)

Dion Fortune

1- El Camino Hacia Avalon

Hay muchos caminos diferentes que llevan a nuestra Jerusalén inglesa, "la tierra más sagrada en Inglaterra". Podemos acercarnos a ella mediante el fácil camino de la historia, que nos conduce por un rico país, ya que casi no existe ninguna etapa en el relato espiritual de la raza, en la que Glastonbury no haya jugado algún rol. Su influencia recorre y se entrelaza como un hilo de oro, con la historia de nuestras islas. La voz de Glastonbury se oye dondequiera que las fuerzas místicas se hagan sentir en nuestra vida nacional; su voz nunca domina, pero siempre influye en nosotros.

O bien podemos llegar a Glastonbury por el alto sendero de la leyenda. Sendero recorrido por los antiguos cuentos populares, llenos de profundo significado espiritual para aquellos cuyos corazones están en armonía con su clave. Por él cabalgan los caballeros del rey Arturo. El Santo Grial resplandece en el cielo nocturno sobre el Peñasco. Los santos viven sus vidas peculiares y bellas en medio de sus praderas. La poesía del alma se escribe a sí misma en Glastonbury.

Y existe aún un tercer camino a esta ciudad, uno de los secretos Caminos Verdes del alma: el Sendero Místico que, a través de la Puerta Oculta, nos lleva a una tierra que sólo puede conocer el que tiene la facultad de ver. Esta es la Avalon del Corazón, para quienes la aman.

La Avalon Mística vive su vida en forma oculta, invisible, salvo para aquellos que tienen la llave de las puertas de la visión. El tranquilo mundo del País Occidental (West Country) vive su vida normal. Siembras y cosechas se siguen unas a otras, y sus pozos siempre proveen agua. El rosado mar de la primavera baña sus huertos de manzanos en su creciente; la bruma plateada del otoño convierte sus prados nuevamente en un Lago del Prodigio. La leyenda, la historia y la visión del corazón se mezclan en la construcción de la Avalon Mística.

Es a esta Avalon del corazón a la que aún acuden los peregrinos. Algunos llegan en grupos, sabiendo lo que buscan. Otros llegan solos, con el báculo de la visión en sus manos, y aguardan lo que pueda venir a su encuentro en esta tierra sagrada. Nadie se va como ha venido. Aquí, el velo que oculta lo Invisible es transparente. Aquí, las incorpóreas mareas fluyen con fuerza; aquí, realmente, se apoya el pie de la Escala de Jacob a través de la cual las almas de los seres humanos pueden transitar entre los planos externos e internos.

Glastonbury es una puerta a lo Invisible. Ha sido un lugar sagrado y de peregrinación desde tiempo inmemorial, y hasta el día de hoy envía su antiguo llamado al corazón de la raza que custodia, y aún respondemos a esa voz interior.

Nuestra Jerusalén es todo belleza. Los senderos que llevan a ella son caminos de hermosura y peregrinación del alma. El largo camino que viene de Londres se extiende a todo lo ancho de Inglaterra y nos conduce de un mundo a otro. Las calles de la ciudad, estrechas y dificultosas, dan lugar al Gran Camino Occidental -nombre mágico en sus sílabas, y mágico también en su gran anchura ondulante para quienes tienen ojos para ver-. Se desvía, apartándose del denso tránsito de Chiswick, se eleva hasta un puente y deja atrás a Londres. El ancho cielo -tan ancho que la sombra de las nubes roza su superficie y le da un horizonte propio- se extiende sobre sus soleados espacios barridos por el viento. El tránsito se mueve rápida y silenciosamente. Estamos en otro mundo; un nuevo mundo que ya está alboreando sobre los cerros orientales de la civilización.

El camino atraviesa durante un trecho el fondo liso, con forma de valle, del Támesis. Los olmos son sus árboles, y la región no tiene belleza, debido a la ordenada conveniencia de las huertas de mercado, y es triste por su deterioro, ya que la marea de casas los está barriendo, y nadie se ocupa de los árboles agotados cuando la cosecha del año próximo quizás nunca sea recogida.

Sin embargo, pronto el paisaje cambia; la arcilla del fondo del valle rápidamente se transforma en la arena de las tierras yermas de Hampshire; abetos y abedules reemplazan a los sórdidos olmos, y nos encontramos en una tierra salvaje y amplia, hermosa como sólo los lugares yermos pueden ser. El brezo y el tojo trepan por las onduladas colinas y el camino se despliega como una cinta entre ellos. Aquí no existían antiguos derechos que hicieran tortuosos los caminos públicos. A nadie le interesaban los yermos arenosos, así que se los dejó en su belleza y libertad. Los recuerdos de estas tierras son frecuentados por fantasmales carruajes y bandoleros. El tránsito del sudoeste pasaba por aquí. El Gran Camino de Bath está en dirección al Norte, y sirve a otras gentes.

Las tierras yermas ceden poco a poco y hacen lugar nuevamente a los robles y las ricas tierras de labranza, y se ve la primera de las señales de la Tierra Occidental: una pared coronada por un techo de paja en miniatura, o de tejas manchadas de líquenes. En las inmediaciones se construyeron grandes paredes de barro apisonado, que se mantienen bien, siempre y cuando no las ataque la humedad; de ahí los pintorescos y pequeños techos, con sus aleros saledizos acompañando las sinuosidades del camino.

Pronto llegamos a la división de los caminos. Una de ellos mantiene su dirección a través de las ricas tierras bajas, y el otro trepa hacia las tierras altas de la llanura más grande de Inglaterra. Para ir a Glastonbury elegimos el camino hacia la altura, y así los campos hacen lugar a la ancha y desnuda pista de tiza, y oscuros y siniestros haces de enebro nos dicen que estamos en la Llanura.

*Toma dos ramitas del árbol de enebro.
Crúzalas. Crúzalas. Crúzalas.
¡Mira en las brasas del fuego de Azrael!*

dice la antigua runa. Las oscuras influencias del enebro se derraman sobre el camino, en tanto que la masa de arbustos dispersos se espesa en las cuestas. Realmente es el árbol del Ángel Oscuro y de los Dioses Antiguos.

La sombra de los Dioses Antiguos y su terror aún gravita sobre este camino. La naturaleza está muy cerca, y el hombre parece estar muy dominado por el poder de aquella. El hombre primitivo tenía aquí sus unidades territoriales de administración; nadie más se ha atrevido a enfrentar a la naturaleza en este lugar, su lugar de poder. Las ovejas pastan en los prados, pero ningún hombre perturba la tierra.

El alma del lugar huele al hombre primitivo, a sus sacrificios de sangre y a sus oscuros miedos. En cada dominio yacen los túmulos de los enterramientos y de los sacrificios. Stonehenge se yergue, triste y siniestra, dominando las extensas tierras lúgubres.

Las grandes piedras parecen meditar en sus recuerdos, como los hombres ancianos al lado del fuego, cuyas fuerzas ya se han ido y cuyas mentes permanecen en el pasado. Las piedras grises nunca pueden olvidar: la sangre se ha hundido profundamente en ellas. Alrededor de este círculo sombrío, el aire es denso y frío, lleno de antiguos miedos. La luz del sol brilla tristemente sobre ellas, y la tierra está llena de muerte. Pertenecen al final de la antigua raza, cuando su luz se había acabado y se había oscurecido su visión. Muy distinta es Avebury, el gran templo del sol de su gloria. Aquí un sol invisible, formado por la magia de los sacerdotes, brilla siempre en el corazón de los hombres. Aquí están la sanación y la alegría, y una sabiduría que no es de esta era. Avebury es un templo del sol, pero Stonehenge es un templo de la sangre, frío y siniestro hasta hoy día; y quienes peregrinan a Glastonbury, atraviesan rápidamente su opresiva sombra, con los rostros mirando hacia el Oeste.

Unas solitarias granjas de ovejas, protegidas del viento por las playas, yacen remotas y raras en las tierras altas. De vez en cuando el camino pasa frente a una cruz celta que señala el lugar en que ha caído un avión, y en el que un hombre ha sido sacrificado nuevamente a los dioses de la Raza.

Luego, el camino desciende hacia los árboles de haya, y la Pradera queda atrás. Poco después aparecerá el primer manzano, y así sabremos que al fin hemos llegado al País Occidental.

El camino es sinuoso, ya que es antiguo, y deteriorado por los pies errantes que, más que una ruta directa, procuraban un suelo firme y un buen vino. Arriba, en la cima de las sierras, están las fortalezas del hombre primitivo; los terraplenes que protegían sus magníficos pueblos, y las terrazas, llamadas peldaños de pastor, desde donde el hombre luchaba con los lobos. El sol poniente brilla casi al ras de las huertas de manzanos. El humo de turba que viene de los pantanos de Bridgwater parece dulce en la humedad del anochecer. Todas las casas son de piedra gris, pues no estamos lejos de los Mendips. Grandes yuntas de tres caballos, armados con un arnés y en fila india, bloquean el camino arrastrando carretones de madera que vuelven a casa. A los lados hay plataformas bajas que aguardan a los camiones de leche que se abalanzan por las vías más estrechas de este territorio lechero. Innumerables vacas vagan rumbo a sus establos, y entre los niños de pelo

rubio, casi blanquecino, empiezan a aparecer pequeñas cabezas oscuras, ya que nos acercamos a la tierra de la raza antigua.

Pasamos la última barrera de sierras, y el camino desciende en tres grandes escalones hacia las llanuras aluviales que alguna vez fueron salinas y estuario de las mareas. La ancha llanura se extiende en la luz del anochecer. El humo flota inmóvil sobre los ramilletes de caseríos que abundan en estas ricas tierras. Acá y allá, en su extensión, se elevan repentinas colinas, aún llamadas islas por aquí, donde algún remolino de la lenta corriente del Severn dejó su lógamo. En un costado, la línea de los Poldens protege las llanuras; en el otro, los Mendips. Más allá está el mar, oculto por la bruma gris de la distancia. En el medio de la llanura se eleva un cerro piramidal, coronado por una torre: ¡el Peñasco de Glastonbury!

Hay una magia tal en la primera vislumbre de ese extraño cerro que nadie que posea el ojo de la visión puede mirarlo sin conmoverse. Cada camino alrededor de Glastonbury tiene su propio lugar de citas, desde donde se avista el Peñasco por primera vez. Ya sea que lo veamos desde el tren, flotando alto en el cielo, con su parte baja entre los huertos y los techos rojos; o que lo veamos desde el camino, desde lo alto, en la ancha llanura con hileras de sauces y acequias, la magia de la primera visión nunca falla. ¿Quién puede decir qué poderes han puesto las eras y los siglos en ese extraño cerro? Los antiguos druidas lo conocían; también los primeros cristianos; y la tradición nos dice que "a Avalon nunca le ha faltado un profeta".

Las estribaciones de la montaña, llenas de manantiales, se acurrucan en la base del extraño cerro piramidal con su torre gris. Pertenecen a otro orden de la creación. Pero entre ellas hay una que tiene un parentesco con el Cerro de la Visión. Sobre su flanco yace un cerro en forma de cuenco, de un hermoso color verde. Se llama Cerro del Cáliz, y tiene fama de haber sido el hogar del Rey Pescador, que siempre sufría de una herida dolorosa; y en el corazón del Cerro del Cáliz estaba el tesoro donde él guardaba el Grial.

El Peñasco gris se alza hacia el cielo, y la verde colina sueña a su lado. Entre ambos surge el agua roja del Pozo Sagrado; a sus pies yace el pueblo, con sus techos rojos y su azulado humo de turba. Alrededor se extienden los páramos con sus sauces y acequias, y los rectos arroyos y compuertas que sólo pueden ir hacia el mar cuando baja la marea. Es una tierra verde, una tierra benévola, y el Cerro de la Visión medita sobre ella.

2- La Avalon de Merlín

Existen dos leyendas, relacionadas entre sí, sobre Avalon: la leyenda del Cáliz y la leyenda de la Espada. El cáliz del cual Nuestro Señor bebió en la Última Cena, y donde quedaron las gotas de su sangre; y Excalibur, la espada del Rey Arturo, en la que están grabadas las antiguas runas paganas. Estas dos tradiciones se encuentran en Avalon: la antigua fe de los britanos, y el credo de Jesucristo. La más antigua, con sus reliquias arrasadas y sus leyendas inclinadas hacia un propósito cristiano, es velada e intangible. Sólo aquí y allá vemos claramente los lineamientos del credo antiguo; pero puede advertirse una figura apenas oculta en la oscuridad de la memoria racial, y su presencia, opaca pero terrible, está viva.

Hay una Avalon de la Espada que es mucho más antigua que la Avalon del Cáliz. Mucho antes de que la lenta corriente del Severn depositara el limo que nos ha dado las tierras bajas de Somerset, la isla de Avalon era realmente una isla. En las aguas poco profundas del lago salobre que la rodeaba estaban las viviendas del antiguo pueblo que encontró refugio de las bestias y de los demás hombres -no menos salvajes- entre los juncos del gran pantano del oeste. Otras tribus de hombres primitivos tenían sus viviendas en las honduras de los cerros cretáceos de los Poldens o en las abundantes cavernas de piedra caliza de la cadena de los Mendips. Todos ellos, tanto desde la cima de los cerros como desde el pantano, deben haber visto a ese extraño cerro piramidal de Avalon como lo vemos hoy. Si hoy atrapa la imaginación del hombre moderno, ¿qué efecto debe haber producido en el hombre primitivo?

A los pies del Peñasco se encuentra la maravillosa Fuente de Sangre; las aguas ferrosas que se elevan de las rocas más antiguas, y cuyo flujo nunca se altera, ya sea en invierno o en verano, en la sequía o en la inundación. Cerca de este manantial se ha construido una cámara de grandes bloques de piedra como las que se usaron en Stonehenge. En los alrededores no hay ninguna piedra como esa. Un solo bloque de piedra forma tres lados de la boca del manantial, y es un bloque tan grande que sólo las poleas más potentes podrían moverla, y la mampostería encaja con la mayor exactitud, formando un cuadrado exacto, perfectamente perpendicular. El pozo redondo del manantial desciende unos cinco metros hasta un lecho de grava, de piedra caliza azul, a través del cual una poderosa corriente surge de una fuente inagotable.

En el agua flotan brumosas masas del color de la antigua sangre. Es un raro hongo acuático, manchado por el agua ferrosa.

Hacia afuera del pozo del manantial hay una amplia cámara de piedra finamente labrada, cuadrada y orientada correctamente. Cuando el sol ilumina el borde del Peñasco en un día de mediados del verano, un rayo de luz se introduce directamente en la cámara interior. En una pared de esa cámara hay un hueco en el cual cabría un hombre de pie. Hay una compuerta que permite que el agua salga, de modo que se pueda entrar en la cámara interior; cuando la compuerta se cierra, rápidamente se vuelve a llenar de agua, que es transparente y muy fría, pues el flujo del manantial es tremendo.

Este nunca fue un pozo cristiano, hecho por hombres santos para sus simples necesidades. ¿Qué es ese rincón, del tamaño de una persona, en una cámara de manantial que puede ser llenada y vaciada a voluntad? ¿Qué poder extraño y siniestro medita aún en el Manantial? Esta no fue una fuente consagrada por un milagro y una visión, sino un antiguo lugar de sacrificio druida, y el rincón vertical bajo el agua, hecho a la medida de un hombre, muestra la naturaleza del sacrificio. El Rey Pescador, si es que ha sido realmente un personaje histórico, puede haber utilizado el supersticioso temor reverente que se habría tenido frente a ese manantial, y puede haber escondido allí el Cáliz cuando amenazaba un peligro; pero este extraño manantial, con sus aguas manchadas de sangre corriendo por canales enrojecidos, es sagrado para los Dioses antiguos y sus oscuros poderes.

Los monjes, al encontrar que este manantial ya era sagrado en la veneración popular, concededores de la naturaleza humana, lo adaptaron a los propósitos cristianos, como era su costumbre, y tejieron a su alrededor la historia del Cáliz; pero nadie que tenga ojos para ver en el mundo de los hombres, y el don aun mayor del ojo que ve en el mundo interior, podrá dudar de que en el Manantial y el Peñasco nos encontramos cara a cara con los Dioses Antiguos.

La Abadía es tierra bendita, consagrada por el polvo de los santos; pero aquí arriba, al pie del Peñasco, los Dioses Antiguos tienen su parte. De modo que tenemos dos Avalon, "la tierra más sagrada de Inglaterra", entre las praderas; y en las verdes alturas, las ardorosas fuerzas paganas que hacen saltar y arder el corazón. Y algunos aman a la primera, y otros a la segunda.

No puede haber duda alguna de que los sacerdotes del antiguo culto al sol tuvieron aquí su lugar sagrado. El Peñasco es un cerro extraño, y es difícil creer que su forma sea totalmente obra de la naturaleza. A su alrededor serpentea un camino en espiral que da tres grandes vueltas, y sin duda alguna era un camino procesional. ¿Alguna vez los cristianos hicieron una ceremonia en estas alturas? Jamás. Pero cerros de esta clase siempre fueron sagrados para el sol. Es el lugar natural para un templo solar y para las grandes fogatas del culto al fuego. La curva verde y perfectamente simétrica del Cerro del Cáliz también parece demasiado perfecta para ser obra de la naturaleza, y del otro lado del Peñasco hay terrazas cuya función es desconocida. Es casi imposible que hayan servido para cultivar viñedos, ya que no tienen orientación hacia el sur.

La mano del hombre ha estado aquí en el Peñasco, en el Cerro y el Manantial, y fueron manos de hombres que trabajaban con conocimiento y poder. La Abadía y Beckary son un solo mundo, y el Peñasco y su Manantial son otro, más antiguo, más vital; y aunque el Manantial tenga la oscuridad de la sangre, el Peñasco brilla por el fuego. La Abadía ha sido santificada por Patrick y Bride y Dunstan, pero el Manantial es sagrado para Merlín.

Días antes de que el Rey Pescador fuera convertido en custodio del Grial, la oscura Morgan le Fay, medio-hermana de Arturo y discípula de Merlín, tenía su hogar en el Cerro del Cáliz. ¿Fueron sus espejos mágicos, quizás, la tranquila superficie del Manantial, con sus grandes salpicaduras de hongos manchados de sangre? ¿Qué no habrá podido ver la bruja en esta tranquila superficie que refleja las estrellas, con el hombre muerto en el rincón

estrecho de la profunda cámara del manantial, proporcionando el poder de la vida sacrificada? Es el espíritu de Morgan le Fay el que medita en el Manantial y despierta a los ojos de la visión en las almas de quienes miran en él intensamente.

La historia de Arturo va del mundo pagano al cristiano y vuelve al primero. El nacimiento de Arturo fue presidido por Merlín en los acantilados de Cornwall. Algunos dicen que fue dejado a los pies del mago por una ola gigantesca; otros, que fue el fruto de la pasión desenfrenada que Uther, Rey de Bretaña, sentía por Ygrain, esposa de Gorlois, Rey de Cornwall. Debido a este vehemente deseo de Ygrain, Uther mató a Gorlois en una batalla y puso sitio a su castillo, tomando a Ygrain por la fuerza. Otros dicen que Merlín llevó secretamente a Uther ante la reina, aliado de una escalera labrada en la roca en un acantilado, para que las Puertas de la Vida se abrieran al alma de Arturo, que debía ser el salvador de su pueblo.

Todas las historias concuerdan en que Merlín recibió al recién nacido en sus manos y se lo llevó para educarlo en secreto bajo su cuidado. No sabemos qué era Merlín, pero no era cristiano. Era el Sumo Sacerdote de los Dioses Antiguos, el Archiexperto de nuestra raza. Así que, como Moisés y Jesús, Arturo realizó el "descenso en Egipto" y aprendió la antigua sabiduría de los iniciados.

Fue a Avalón a donde Arturo vino a visitar a su misteriosa hermana, Morgan le Fay, mitad mujer y mitad hada. Aquí era donde vivían la Dama del Lago y sus reinas hermanas, y ellas custodiaban la mágica Espada, como más tarde las tres doncellas puras custodiaban el Cáliz sagrado para el Rey Pescador. Esta Espada, hundida en un bloque de piedra, esperaba la llegada del héroe que pudiera extraerla. Muchos caballeros probaron su fuerza y fracasaron, y las bestias salvajes y los hombres -más salvajes aún- asolaban la tierra. Entonces vino Arturo, y la Espada brincó hasta su mano.

A un lado de la hoja estaba cincelada, en runas antiguas, la palabra "Tómame", y en el otro, en la lengua de la época, "Déjame". Así debe ser siempre con el alma iluminada. Debe tomar en su mano la espada de la fe antigua y esgrimirla como un verdadero caballero hasta que la tierra quede limpia de todo mal. y luego debe abandonarla para tomar la espada del espíritu. Sólo así podrá curar las dolorosas heridas ganadas en la batalla, y descansar en la verde Isla de Avalon.

*Donde no cae granizo, ni nieve, ni lluvia,
y donde jamás el viento sopla ruidosamente.*

Pues el Arturo de la Espada no es el Arturo de la Mesa Redonda, un caballero cristiano incomparable. Merlín lo recibió en sus manos al nacer, y a las manos de Merlín vuelve cuando la sombra de la muerte se cierne sobre él. Las tres reinas en la barcaza llegan atravesando los ondulantes juncos del gran pantano del Servern después de la última batalla en Lyonesse; Excalibur es arrojada a la laguna a pedido del Rey; los dioses antiguos reciben su espada nuevamente, y las tres reinas alejan a Arturo para siempre de la vista de los hombres.

3-La Avalon del Grial

Dos nombres recibe esta isla en medio de los pantanos: Glastonbury y Avalon. Los expertos afirman que la palabra Glastonbury deriva de su antiguo nombre celta de Ynisvitrin, la Isla de Cristal o Isla Resplandeciente, y se cree que Avalon significa la Isla de las Manzanas. Para quienes la aman, Glastonbury es su nombre exterior, el nombre del pequeño pueblo que es un modelo de historia inglesa en miniatura, y cuya influencia se entrelaza en la trama de su historia como un hilo en un tapiz, dando santos, estadistas y eruditos a nuestra raza.

Ynisvitrin vio a los hombres en los pueblos lacustres, maravillosamente construidos sobre pilotes en medio de los pantanos; vio a los hombres de las cavernas bajos los cerros de Mendip, que vinieron a depredar y comerciar con ellos. Ynisvitrin vio las oleadas de antiguos escandinavos arrasando todo el sur de Inglaterra hasta los cerros que la rodeaban, y vio cómo eran rechazados, ya que los ruidos de la lucha nunca han sido escuchados en las calles de Glastonbury.

Aquí se levantó una de las más grandes casas monásticas en estas islas, y aquí se mantuvo ardiendo la luz de la erudición y la cultura durante la oscuridad del Medioevo, cuando Europa volvió nuevamente al salvajismo.

Pero hay otro nombre aún para nuestra isla, y otra historia que le pertenece: la parábola de su significado espiritual. La historia puede decirnos que la cristiandad llegó a estas islas desde Irlanda, pero la leyenda, que guarda el corazón espiritual de la historia, declara que la Luz del Oeste nos llegó directamente del lugar de su ascensión, y que no debemos su transmisión a ningún intermediario.

Después de la Última Cena -así dice la antigua historia- el dueño de la casa en la que estaba la Cámara Superior preservó como recuerdo la copa que, había pasado de mano en mano en esa triste fiesta. Esta copa llegó a manos de José de Arimatea, y en ella recogió las gotas de sangre que cayeron del costado herido de Nuestro Señor cuando vino a buscar el Cuerpo para enterrarlo.

Más tarde, cuando la iglesia cristiana empezó a enviar misioneros a los pueblos, un ángel visitó a José en un sueño, y le ordenó reunir a doce discípulos y navegar con ellos hacia el Oeste hasta que viera un cerro como el Monte Tabor, echar ancla bajo la sombra de ese cerro y fundar una iglesia. José obedeció, y con el Plato sagrado metido bajo la faja de su túnica, como acostumbraban hacer los sirios cuando viajaban" él y sus camaradas emprendieron viaje desde el puerto marítimo de Jaffa, enfilando la proa hacia el sol poniente. Día tras día siguieron hacia el oeste hasta que llegaron a las Puertas de Gades (Cádiz), y luego al océano Atlántico que conducía al mundo y se abrió ante ellos, y forzosamente se dirigieron al Norte, por la costa de España, pues en aquellos días toda navegación se hacía cerca de las costas.

Al llegar al Mar Estrecho, se dirigieron al Norte atravesando el Canal, y llegaron a la tierra de Bretaña. Entonces, obedeciendo sus instrucciones, se volvieron todo lo posible

hacia el Oeste, y encontraron la costa de Cornwall, con sus terribles acantilados, y se introdujeron en el estuario del Severn.

Incluso hoy el Peñasco es una señal para los navegantes que llegan al Severn. Puede ser divisado desde lejos elevándose sobre la llanura, y los pilotos ajustan su rumbo al verlo. José y sus compañeros lo vieron cuando se encontraron entre el limo y los bancos de arena del estuario, y reconocieron su parecido con el Monte Tabor. Volvieron la proa del barco y navegaron río arriba entre los prados que serpentean alrededor de la base de Wirral o cerro Wearyall, la estribación fronteriza de Avalon; y aquí, fatigados de su viaje, los peregrinos desembarcaron, y San José, clavando su báculo en la tierra, declaró que aquí se fundaría la iglesia. Y del báculo, de firme madera de endrino, brotaron de pronto hojas y flores, aunque era pleno invierno, como señal de que el Cielo ratificaba su elección.

En la ladera de la alta sierra verde hay una piedra que conmemora el lugar donde estaba un antiguo endrino, que nunca dejaba de producir flores en medio del invierno, además de su floración normal en primavera. Este árbol maravilloso fue cortado por un fanático puritano en tiempos de Cromwell, pero los monjes habían plantado algunos vástagos del antiguo árbol en el huerto de la Abadía, y también en el cementerio de la iglesia de la parroquia, y hasta hoy esos árboles siguen viviendo allí, floreciendo en Navidad y dando sus flores para decorar el gran altar de San Juan. Dicen los botánicos que sus espinas son de una clase sólo conocida en el Oriente. Lejos de Glastonbury, pierde su costumbre de florecer en Navidad.

El príncipe que gobernaba a las tribus de la región dio la bienvenida a esos hombres santos. Aquí no hubo masacres. Les dio doce grandes pedazos de tierra para su posesión, y la pequeña iglesia con techo de paja que construyeron allí se erigió donde hoy está la gran Abadía. Levantaron para sí una iglesia circular de juncos, y a su alrededor doce celdas, una para cada ermitaño. Allí vivieron rezando y meditando, manteniendo una continua vigilancia en la iglesia, con sus pies fatigando los senderos desde cada celda al centro, como los rayos que irradia el sol.

Aquí el Grial de la Última Cena estaba sobre el altar, y era objeto de continua adoración. Aquí San José fue enterrado. Así fue consagrada la "tierra más sagrada en Inglaterra".

Pero los tiempos eran de una gran maldad, ya que las tinieblas del Medioevo se aproximaban, y los seres humanos eran demasiado malvados como para que se les confiara la sagrada reliquia, de modo que el Rey Pescador la llevó para guardarla en su tesoro, una cámara subterránea en el centro del Cerro del Cáliz, ese cerro de punta redonda y un verde perfecto que se levanta a un lado del Peñasco. Allí el Cáliz era vigilado noche y día por tres doncellas puras, y llevado afuera sólo para alguna festividad importante, ocasión en que pasaba de mano en mano, en recuerdo de Nuestro Señor y Su Muerte en la Cruz. Quien bebía del Cáliz, nunca más tenía sed, pues para él era fuente del Agua de la Vida dentro de su alma.

De modo que Glastonbury se hundió en la oscuridad de la Edad Media; pero Avalon siguió viviendo en el corazón de los hombres y las leyendas de Arturo se entrelazaron con

su antigua historia. Aquí vinieron los caballeros que buscaban el Grial. Cruzaron el pequeño río Brue en el Pons Perilis, y velaron toda la noche en la capillita al pie del Cerro Wearyall, que tiene vista al agua, y donde las oscuras tentaciones fueron una prueba para su alma. Pero si no fracasaba en su vigilia durante la oscuridad, de aquí salía el caballero a la mañana, en la última etapa de su viaje, para ser bienvenido por el Rey Pescador y descansar en soleadas habitaciones en su verde colina, y para beber del verdadero Cáliz de Nuestro Señor, en el ágape de amor que en su honor se daba esa noche. De aquellos que bebían del Cáliz, no todos vivían para contarlo. Sus almas caían en un desmayo, se elevaban a las alturas y ya no volvían.

Pero los tiempos se volvieron peores aún, y el ocaso se convirtió en noche, y el Rey Pescador, para mayor seguridad, ocultó el Cáliz sagrado en el manantial que se encontraba al pie de la hendidura que existía entre ambos cerros. Este no era un manantial común; sus aguas surgen desde una inmensa profundidad, y aun en la sequía más grande jamás se altera el fluir de sus aguas. Estas se elevan a través de una fuente de piedras ciclópeas de antigua artesanía, como las de Stonehenge. Era un pozo sagrado de los druidas, o al menos el pensamiento cristiano tejió leyendas a su alrededor. Sus aguas, cargadas de hierro, fluyen rojas como la sangre. Pero no hay hierro alguno más acá de los Mendips. Son frías como el hielo, y no las afecta ni el verano ni el invierno. Deben venir de una gran profundidad, y de muy lejos. El nombre de ese manantial hasta el día de hoy, es el Pozo de Sangre.

4-La Isla de Avalon

No hace tanto tiempo que Avalon dejó de ser una isla. Una anciana, sentada a la puerta de su casa, me dijo que su abuela podía recordar cómo el agua subió hasta la iglesia de San Benigno cuando los grandes diques reventaron y el agua invadió Bridgwater Bay, a cuarenta kilómetros de distancia. Todas las tierras en los alrededores de Avalon son bajas, a poco más de un metro por debajo de la marea alta, y eran salinas hasta que se construyeron los diques en la bahía. El Brue, un arroyo desagradable y lento, que fluye entre altos terraplenes, puede desaguar sólo en el Bristol Channel cuando baja la marea, a través de grandes compuertas que impiden que el mar avance. Las rías están por todos lados, desaguando las praderas, cada una con su hilera de sauces podados. En esta parte del mundo se los llama *Rhines*, nombre que apareció con los ingenieros de las tierras bajas quienes, criados en un encalladero, conocían el arte del diques y acequias, y ganaron muchas tierras al mar para nuestros antepasados.

Hay una historia que cuenta que un astrólogo le dijo al duque de Monmouth que se cuidara del Rin, pues allí encontraría la muerte. La noche anterior a la batalla de Bridgwater recordó en son de broma la antigua profecía, y afirmó que, por el momento, no corría peligro. Pero fue una de esas rías la que confundió a su ejército y lo llevó a la derrota.

Las praderas acuáticas son de ese verde esmeralda que sólo puede verse donde el subsuelo se encuentra cerca de la superficie. Viajando por tierras resacas en medio del verano, uno sabe que Avalon está cerca, por el verdor de la tierra. Por todos lados hay flores en los árboles, arbustos y hierbas. Las flores mismas son una guía para el viajero. Dime lo que has arrancado, y te diré dónde te encuentras y hacia dónde está Avalon. Los ranúnculos y las cardenchas y los grandes juncos con colas como gatos enojados pertenecen a las praderas acuáticas. La alegría del viajero flota como el humo sobre la gredosa escarpa de las Polden Hills, y los Mendips tienen pinos y brezos en sus cúspides. Las sierras de Devon, grises en el horizonte, tienen tierra tan roja como la sangre, ¡y helechos, helechos, y más helechos! Y siempre, en todas partes, están los endrinos, blancos de flores o rojos con sus bayas. Realmente, esta es una tierra agradable y bondadosa.

Pero existe un lugar que parece el infierno a la luz de la luna, y que es donde cortan la turba en los pantanos. El suelo es azabache, y el verde brillante del frondoso follaje parece maligno y siniestro. El camino se eleva entre las grandes rías, y a cada lado marcha el ejército de las negras y altas pirámides de turba, apiladas para su secado. Sin embargo, mucho se le puede perdonar a la turba, ya que huele muy dulcemente cuando se la quema. A la noche, las espirales de pálido humo azul se elevan desde las chimeneas de las cabañas y el aire se llena de incienso. La turba es un custodio de los archivos. Preserva todo lo que se le encomienda a su cuidado. Afuera, entre las tierras bajas, donde un arroyo lento se arrastra hacia el mar, los montículos verdes de poca altura salpicaban los campos. El ganado pastaba sobre ellos y a nadie le importaba. Siempre habían estado allí. Nadie pensó jamás preguntar cómo fue que esos montículos puntuaran las verdes praderas que alguna vez habían sido una laguna. Un día el arado los abrió, y así quedó revelada la dura tierra horneada de los hogares de los hombres de la antigüedad. A su vez, aquella fue horadada y se encontró otro hogar. Y así yacían, hogar sobre hogar, a medida que esos hombres iban

reparando sus viviendas o que las aguas de la laguna cambiaban su nivel.

En la antigüedad, cuando los canales que se mantenían abiertos por las lentas corrientes eran los únicos caminos a través del pantano, los hombres construían sus pueblos sobre grandes pilotes metidos en el suave fango. La turba los mantenía a salvo del deterioro, y las aguas protegían a la tribu de sus enemigos y les proveía su alimento.

En esa época, los hombres podían vivir sólo donde encontraran medios naturales de defensa. En los bosques las bestias podían sorprenderlos desprevenidos, y en la llanura el peligro provenía de sus semejantes. Así que construyeron sus hermosos pueblos. con sus grandes altares de piedra en los puntos bajos, donde nadie podía acercarse sin ser observado, o, si no, en los pantanos, donde sólo aquellos que conocían los canales podían traer desde la rebalsa los pequeños botes de mimbre y cuero, difíciles de maniobrar, a través del laberinto de arroyos cubiertos de cañas.

La civilización empezó temprano en la cálida y amable tierra del Oeste, y por todos lados encontramos rastros del hombre primitivo, de sus altares y sus hogares.

Pero otros hombres también buscaron el abrigo de los pantanos:

*Cuando Roma se había hundido en un yermo de esclavos,
y el sol se ahogaba en el mar.*

Los monjes fueron los únicos que custodiaron los libros antiguos, en la era en que todos los hombres que luchaban tuvieron que convertirse en bárbaros a fin de enfrentar a los bárbaros. A semejanza de los hombres que juntaron los primeros granos en recipientes de barro, ellos también tenían que buscar refugio de un mundo de rapiña. Del mismo modo, encontraron su camino por las antiguas vías fluviales hacia los pantanos que los protegían de sus enemigos.

Pero los monjes amaban las buenas huertas y el agua potable; querían algo más que los charcos salobres que habían servido a los habitantes del lago. Conocían las fiebres que hacían temblar a los hombres del pantano. Y así eligieron hacer su hogar en la isla de forma de manzana de Avalon, el grupo de colinas suavemente redondas que se amontonan y rodean la base del Peñasco que se eleva como una llama en medio de ellas.

Allí vivían los monjes en un buen suelo, lleno de saludables manantiales, y su influencia civilizadora y humanizante se extendió por los pantanos hasta las sierras lejanas de donde extraían la piedra. Allí escribieron y dibujaron sus maravillosos libros:

*Labrados en la forma lenta del monje,
En plata y sanguínea madreperla,
Donde las escenas son pequeñas y terribles,
Ojos de cerradura de cielo e infierno.*

Aquí vivió lo poco que había de civilización en esos días oscuros. Aquí se cultivaban las huertas, se atendía a los enfermos y se enseñaba a los niños. La gran pared gris aún señala

el límite de la tierra solariega de los monjes; el antiguo granero todavía guarda la cosecha, y los cuatro Evangelistas aún miran hacia los cuatro ángulos del cielo desde su techo, vigilando los diezmos.

Glastonbury no sólo tiene sus profundas raíces en el pasado, sino que el pasado sigue vivo en Glastonbury. A nuestro alrededor todo respira y se mueve, en silencio, pero viviendo y observando. Aquí podemos oír cómo late su corazón, si apoyamos nuestro oído en la tierra. Su sangre vital se mueve en los claros manantiales de Avalon y en los lentos arroyos de los pantanos. El espíritu del pasado de Avalon yace bajo una y otra capa, así como los hogares de un pueblo antiguo yacen entre los charcos de Meare. Nosotros, que amamos, podemos escuchar, y Avalon nos habla.

5-La Avalon de los Santos Célticos

Hay otra atmósfera dentro de los alrededores de la Abadía, parecida a la de las iglesias medievales, que impregna al pueblo como la fragancia del incienso. Ir de la gran nave hasta la Capilla de St. Joseph es ir de un mundo a otro. La tradición nos dice que esta capilla hermosa e intrincada se construyó alrededor de la antigua iglesia de mimbre de los primeros misioneros cristianos que llegaron a nuestras islas, y no hay razón para dudar de la verdad de la tradición.

En estas islas hubo una cristiandad antes de que Roma empleara su mano organizadora en ellas. Hubo una iglesia céltica que no reconoció al Papa, salvo como uno entre muchos obispos. Hubo tres centros sagrados en Gran Bretaña desde donde se diseminó la Luz del Oeste, y el más grande de ellos fue Glastonbury. La historia nos dice que la cristiandad llegó primero a estas islas desde Irlanda, la Isla de los Santos, pero la leyenda nos dice que vino directamente de Palestina. Sea como fuere, fue en Avalon que la cristiandad vio primero la luz del día en estas islas, y la antigua iglesia de mimbre fue su cuna.

Tantos hombres santos han rezado y muerto en Glastonbury que la atmósfera espiritual está viva y llena de luminosidad. El polvo de sus restos, al mezclarse con la tierra, santifica el suelo que se halla bajo nuestros pies.

Aquí no hubo mártires hasta que Enrique VIII eligió sus víctimas: hombres santificados por su vida, no por su muerte.

San Patricio cruzó el Mar de Irlanda en su frágil embarcación y llegó aquí, organizando a los solitarios ermitaños bajo una disciplina. También Santa Brígida, la más amada de las solitarias, tuvo su celda en Beckary, apenas una elevación del suelo que está más allá de Wearyall. Allí dejó sus instrumentos de tejido, y hace algunos años un pastor encontró allí una campana de bronce de la más antigua hechura y la entregó al Pozo del Cáliz para la capilla, donde sus dos dulces notas solían llamar a los feligreses, a la mañana y a la tarde. Que se trataba de la campana de una mujer es indudable, pues los agujeros para los dedos de los cuales se sostiene son tan pequeños que sólo los dedos de una mujer podrían usarlos.

Se dice que San David llegó aquí desde Gales, junto con otros siete obispos, a fin de poder dedicar la iglesia recientemente construida, a la Virgen María; pero Nuestra Señora se le apareció en un sueño y le dijo que la iglesia ya le había sido dedicada a ella por la santidad del suelo, de modo que el buen santo bendijo a los venerables hombres de la isla y partió, dando gloria a Dios.

Fue en Beckary donde el Rey Arturo, convocado por un sueño mientras dormía en el convento de monjas en Wearyall, vio el prodigioso sacramento en que el Niño Santo era el sacrificado en el altar, dejado allí por Su Madre. Fue allí, en la Isla de Bridget, llamada "Pequeña Irlanda", donde Nuestra Señora dio a Arturo la maravillosa cruz de cristal que, a su vez, fue dada por él a la Abadía de Glastonbury. Arturo grabó esta cruz de cristal en su escudo, plata sobre verde, en memoria de la gracia de la Reina del Cielo, y más tarde los

monjes de la Abadía la hicieron también su blasón, y hasta hoy puede verse como parte de su escudo de armas.

En esos días, no había verdaderas reglas monásticas. Los santos vivían como ermitaños en lugares sagrados, y cada uno era la ley para sí mismo. Gradualmente, debido a la cercanía, empezó a aparecer un cierto código de disciplina. Por los peligros de la época, raramente las mujeres eran anacoretas; forzosamente tenían que vivir detrás de sólidas paredes para su protección. Las santas parecen haber tenido para sí la tierra distante y más elevada de Wearyall, con su isla de Beckary, pues antes de que se construyeran los grandes diques a lo largo de la Bahía de Bridgewater la marea llegaba hasta el pie de Wearyall, y todos los páramos actuales eran una salina llena de los chillidos de las aves marinas.

En Glastonbury no hubo una vida monástica regular hasta que los benedictinos trajeron sus enseñanzas y sus reglas. La primera cristiandad en estas islas no fue romana sino céltica, y para los cristianos célticos, el Papa no era sino un obispo más entre muchos otros. Los devotos, hombres y mujeres, llevaron la luz de la fe a las tribus salvajes del Norte y del Oeste, y para su inspiración miraban hacia la sagrada Irlanda, no hacia Roma. Pero poco a poco, la influencia de Roma se afirmó en todas las iglesias, y las primitivas costumbres y tradiciones locales fueron absorbidas y unificadas, hasta que hubo una sola iglesia en la cristiandad.

Las personas contemplativas que se reunían alrededor del Pozo Sagrado en Glastonbury fueron organizadas bajo las reglas de San Benedicto, y las paredes de la Abadía empezaron a construirse. La Capilla de San José se levantó, en realidad, para cercar la humilde iglesia de mimbre de los primeros ermitaños.

El arte y el saber vinieron a Glastonbury, y se empezó a construir la gran propiedad que los mantenía; muy lejos, sobre los páramos, encontramos el escudo de armas de la Abadía, sobre las puertas de los antiguos y grises graneros de piedra, que aún hoy siguen en pie.

Lejos de Londres y de las turbulentas plazas fuertes de los magnates, protegida por sus pantanos, Glastonbury se convirtió en un jardín de vida cristiana. Ningún otro lugar en estas islas podía competir con ella en cuanto a antigüedad de tradición, pues en su primer santo tenía un vínculo con Nuestro Señor. Siglo tras siglo, la vida espiritual del lugar creció como una gran enredadera, y esa vida según toda evidencia, parece haber sido de una pureza singular.

Glastonbury está santificada por las plegarias y el polvo de los hombres y mujeres santos. Muchas generaciones de ingleses recorrieron el sendero de los peregrinos a través de los pantanos, y los ojos de toda Europa se volvían hacia esa ciudad como hacia un refugio sagrado. Es esta intensa vida espiritual la que construyó a la Avalon invisible; es el fuego de este hogar de fe el que da calor hoy a nuestros corazones cuando estamos en "la tierra más sagrada de Inglaterra". Sus piedras están tan llenas de recuerdos que no podemos sino recordar, y el alma se conmueve y piensa en Dios.

Porque en esta isla, en los pantanos, se ha pensado tanto en Dios, ha sido tan amado y servido en ella, que El se encuentra muy cerca, y el velo que oculta el santuario es muy

sutil. Si Dios se acercó o no a Glastonbury, ¿quién puede decirlo? Pero Glastonbury se acercó mucho a Dios, y la fragancia de esa Presencia aún persiste.

6-Wearyall

Desde las afueras de Glastonbury, una larga y elevada lengua de tierra se extiende hacia los pantanos. En su flanco norte hay un pequeño plantío famoso por sus serpientes; en su extremo más distante se yergue un solo roble; el resto está cubierto de hierba fragante y espesa, verde como sólo puede serlo la hierba de Westland. Por su lado sur, serpentea un estrecho camino que se hunde y eleva, ajustándose al contorno del suelo con la perversa falta de atención por la comodidad humana que es tan característica de los caminos antiguos, hechos antes de que el hombre dominara por fin a la Naturaleza en estas islas.

Hacia el Norte, a lo largo del llano, se encuentra el moderno camino a Street, el pueblo cuáquero industrial que se halla en medio de las verdes praderas acuáticas. Los dos caminos se encuentran en la cima de la colina de Wearyall, donde yace el antiguo cruce del río, el Pons Perilis de la leyenda de Arturo.

Entre ambos, estos dos caminos nos cuentan la historia inglesa, un cuento escrito en los mapas de caminos de nuestra tierra, si nos interesáramos en leerlo. ¿Por qué el antiguo camino serpentea alrededor de las tierras altas, y el camino moderno bordea los campos? ¿Por qué se encuentran en el puente, y desde ahí van juntos -moderno pavimento sostenido por antiguos pilotes- hacia las lejanas Polden Hills, para desde allí trepar a las tierras altas nuevamente y seguir sus declives y sinuosidades hasta Bridgwater?

En el pasado, las verdes praderas alrededor de Glastonbury eran pantanos. Hasta hoy dependen de los diques en la Bahía de Bridgwater, para su protección de las mareas altas en la primavera. Entre uno y otro campo hay profundas rías que descargan en los ríos. A través de estos lugares pantanosos y traicioneros, un camino podría construirse sólo sobre un terraplén; por lo tanto, dentro de lo posible, los antiguos caminos seguían el suelo firme, ya que el duro ascenso por la empinada cuesta es menos pesado que intentar cruzar las cenagosas tierras bajas. Hoy los pantanos están desecados por sus rías, las acequias están cuidadas como un jardín, y las malolientes salinas donde los hombres del lago tenían sus viviendas son ricas tierras de pastoreo.

El camino moderno va derecho a través de los campos llanos, pero el sinuoso camino serrano custodia sus memorias. Al lado del camino moderno surgen las casas de campo de ladrillo, las estaciones de servicio y las confiterías. Al lado del tortuoso camino serrano están las antiguas casas campesinas, hechas con pesadas piedras de Mendip cortadas en grandes bloques, algunas de ellas de un suave color azul de Reckitt, ocre y rosa. Sus puertas de poca altura se abren directamente a un sendero de lajas inmensas, seis veces más grandes que las piedras del pavimento de Londres. Estas casas son muy antiguas. No hay rastros aquí de las piedras de la Abadía en su estructura; estaban allí y albergaban a su gente mientras la Abadía era el centro de la vida de Glastonbury y los hombres pensaban que existiría siempre.

En una doble hilera, las casas se suceden a los lados del camino antiguo, a medida que este trepa trabajosamente por la colina. Antiguamente, los hombres buscaban las tierras altas para huir de las fiebres de los pantanos y de los estrechos callejones y plazoletas del

pueblo medieval. Al cabo, las casas se convierten en una sola hilera, y luego cesan, y el camino sigue solo, bajando y subiendo sobre los espolones de la sierra, hasta que cae abruptamente hasta la cabecera de puente. Aquí se encuentran el camino antiguo y el moderno, ya que por muchas millas es el único suelo firme. En alguna otra parte, un puente tendría que ser construido con grandes estribos, y así como el primer escollo de arena en el Támesis decidió la situación de Londres, así los detritos de Wearyall deciden dónde el moderno camino y el antiguo sendero para caballos de carga cruzarán el Brue. Cada camino cuenta su historia, si nos preocupáramos por leerla; nunca se construye un camino por casualidad -siempre hay una necesidad humana por detrás- y en los senderos abandonados y en las modernas arterias podemos leer la historia de la Inglaterra industrial.

El río y el camino hacen de la cabecera de Wearyall un lugar rico en historia. Los veleros que suben por el río encuentran allí el primer lugar, donde es posible desembarcar, y así José de Arimatea golpea con su báculo en la tierra de Wearyall. El camino, sostenido por pilotes a través de los pantanos, es un sendero desolado y sin casas hasta que llega a tierra firme en la cima de una larga colina de baja altura. Aquí, por lo tanto, debe estar el primer hospedaje para los viajeros, después de las millas fatigosas por el desolado camino del pantano. Aquí, por lo tanto, es que los Caballeros de Arturo -en la búsqueda del Grial- pasan la última noche de su peregrinación, ya que los pueblos medievales cierran sus puertas cuando anochece, y los viajeros tienen que pernoctar fuera de sus murallas si llegan a ellas demasiado tarde. ¿Acaso no podemos imaginar cómo los peregrinos, fatigados por ese último tramo por los pantanos, deben haber observado las luces de la Ciudad Santa de Inglaterra fulgurando entre sus colinas, mientras esperaban la apertura de las barreras al amanecer?

Se dice que en Wearyall, las santas -atraídas por la santidad de Glastonbury- hicieron su hogar, lejos del conflicto ruidoso y alborotador de las estrechas calles del pueblo. Ellas, por lo tanto, fueron las que sirvieron en el albergue que atendía las necesidades de los viajeros. Fuera y más allá de la cabecera de Wearyall, en una isleta baja entre los pantanos, estaba la ermita para quienes deseaban completa soledad. El pantano las protegía de la invasión de los extraños; los hombres del lugar las veneraban. Allí, bajo la protección de su propia pureza, Santa Brígida y sus bondadosas acompañantes servían y amaban a Dios en el silencio de las tranquilas y pardas aguas de turba de las lagunas.

Al lado del Pons Perilis había una capilla, que dio nombre a ese puente. No fueron los peligros del cruce del río los que hicieron temible este lugar, sino los terrores espirituales que aquí acosaban al peregrino en la etapa final de su viaje. Aquí estaba el último lugar donde el Diablo podía atacarlo, pues más allá estaba el suelo sagrado, y aquí debía esperar forzosamente durante las horas de oscuridad cuando el Diablo estaba afuera. Los Caballeros del Grial no dormían después de su viaje a través de los pantanos; velaban ante el altar hasta que el viejo sacerdote venía a dar la misa de medianoche: la misa que parecía convertirse en una orgía diabólica ante sus ojos. Es la antigua historia de las pruebas del alma del peregrino, y la última de ellas es la aparente transformación de las cosas sagradas en archidiabólicas.

Pero si los caballeros resistían sin retroceder, y mantenían la larga vigilia sin caer dormidos, al amanecer se realizaba una misa en la que el Hijo de Dios se manifestaba

realmente ante sus ojos. Entonces proseguían su viaje hacia la tierra sagrada de Avalon, para ser homenajeados por el Rey Pescador y ver el Grial con su custodia de vírgenes. Y algunos morían de éxtasis ante esa visión, y ninguno volvió jamás a caminar como hombre entre los hombres. El camino en Wearyall es la última etapa de la peregrinación al Grial.

Fue aquí, en esta cabecera de Wearyall, que el Rey Arturo recibió la cruz de cristal de las manos de Nuestra Señora, la cruz que grabó en su escudo y que lució en su estandarte y a cuyo amparo, peleó con los idólatras y los conquistó; la cruz que más tarde fue inscripta por los abades de Glastonbury en su gran sello.

Dicen que una noche, el Rey Arturo, mientras era agasajado por las monjas de Wearyall en su hospedaje, fue convocado en un sueño, a ir a la capilla en el Pons Perilis, y allí estuvo presente en la misa de medianoche donde Nuestra Señora sirvió en el altar y entregó a su Niño al sacerdote, para el sacrificio.

Al término de esa comida mística, tomó de su cuello la cruz de cristal y se la dio al rey para que con su poder y pureza pudiera conquistar a los paganos. De modo que Arturo ya no luchó más bajo el dragón escarlata de Wessex, sino bajo la clara cruz blanca de Nuestra Señora. Esta fue su más íntima aproximación a la Visión del Grial.

Allí, de pie en la cima de Wearyall, y mirando hacia atrás el pueblo de techos rojos entre sus árboles y estrechos valles, está toda la historia de nuestra Jerusalén inglesa a nuestros pies; el lento río que custodia al pueblo de los habitantes del lago; el lugar donde desembarcó José; la capilla de la vigilia de los caballeros; toda la historia de Avalon se esboza en la larga, estrecha lengua de tierra con forma de ballena que se interna en los pantanos, pues, mucho más que la voluntad de los reyes, son la tierra y sus caminos los que hacen historia.

7-El Espino Sagrado

Apenas se entra en la Abadía, cerca de una vieja pared gris calentada por el sol, se yergue un espino nudoso, con escaso follaje y ramas delgadas, viejo y débil. A este árbol de aspecto miserable y desgastado por el tiempo, vienen a rendirle homenaje peregrinos de todas partes del mundo, porque es el vástago del báculo de San José. No es, por cierto, el Báculo mismo, ya que este fue cortado por un fanático puritano como un acto de fervor religioso durante el gobierno del Regente; de todos modos, es un descendiente inmediato, ya que del famoso árbol se sacó un vástago y fue plantado en el jardín de los monjes, dentro de la Abadía. Existe de ese mismo tronco un árbol hermano, que luce más floreciente y que, se supone, es más joven, en el patio de la bella iglesia de San Juan y de este árbol vienen cada año las flores que, nacidas fuera de su estación, adornan el altar para la Navidad.

Sobre estos dos viejos árboles distintos a los demás, se cuenta una rara historia. Es muy cierto que en la primavera se llenan de follaje y de flores, junto con los otros espinos ingleses, pero en mitad del invierno, en medio de los vientos helados y los fríos cielos grises, aparece otra florecencia, y entre las bayas secas y las ramas desnudas cuelgan nudos de flores de color crema.

Los botánicos nos dicen que estos viejos árboles son forasteros en nuestro medio; no pertenecen a la trinidad inglesa de "roble, fresno, y espino", sino que son exiliados al lado de las lagunas tranquilas de los páramos del Westland. Sin embargo, estos árboles no se olvidan de Sión, y cuando llega la primavera en la Tierra Santa producen yemas y flores, pues son espinos del Levante, y la historia de su llegada a Glastonbury se remonta a la bruma de la leyenda: Salvo estos dos árboles de Avalon y sus vástagos, no se conoce ningún otro árbol similar en Occidente.

La tradición no tiene dudas sobre su origen. Su padre fue el báculo en que se apoyaba el anciano José de Arimatea, nuestro primer misionero. Después de la muerte de Nuestro Señor, cuando la cristiandad comenzaba a difundirse por el cercano Oriente y por la cuenca del Mediterráneo, la Palabra le fue dicha al anciano santo de que debía llevar el mensaje de Cristo a las Islas del Oeste. Y él siguió el camino de los barcos de hojalata, con la proa siempre hacia el Noroeste, hasta que vio ante sí un 'cerro como el Monte Tabor, el Cerro de la Visión, y allí desembarcó e hizo su hogar, y contó su historia a las tribus salvajes de los enmarañados bosques y pantanos, las que, sin embargo, no eran tan salvajes como para no poder comprender la historia del Cristo Niño, cuando la escucharon; y al hombre anciano que vino en nombre del Príncipe de la Paz le dieron cinco hectáreas de tierra fértil y bien regada, y permitieron que él y sus hermanos pudieran vivir entre ellos y contarles la Buena Nueva. .

En el cerro Wearyall, el largo, bajo espolón que se proyecta hacia los pantanos, el primer suelo firme entre Avalon y el mar en esos días, San José pisó suelo inglés, y clavó su báculo en la cálida y roja tierra de Westland, al tomar posesión de nuestras islas para el reino espiritual de su Señor, un reino no hecho con la manos, eterno en los cielos.

Y la bondadosa tierra de Westland recibió el viejo báculo amorosamente, de modo que

la vida despertó de nuevo en las fibras reseca; y he aquí que el báculo se llenó de yemas y floreció, aparecieron las hojas verdes y las flores mostraron su color blanco cremoso entre los pastos grises de invierno de las praderas de Somerset. De modo que el fatigado santo tuvo allí su primera Navidad, con la promesa del báculo para alegrar su corazón entre nuestros campos grises y nieblas densas y bajos cielos invernales. El Espino de Glastonbury fue el primer árbol de Navidad en nuestras islas.

Por el milagro del Báculo en Flor, Dios puso Su sello en la misión de San José. La señal del cerro como el Monte Tabor había sido cumplida, y ahora este último milagro no podía dejar duda alguna en la mente del pequeño grupo; con alegría construyeron la primera iglesia en Gran Bretaña, hecha de mimbres cortados en las riberas del lento Brue y fijados con barro de las zanjas que drenaban las tierras de pastoreo a los pies del Peñasco.

Y sus grandes esperanzas fueron justificadas, porque los hombres del pantano y de Mendip, y hasta los pescadores del Severn, se alegraron con la Buena Nueva y les dieron la bienvenida como mensajeros muy amados y largamente esperados.

Aquí también se levantó una de las primeras y más nobles iglesias de piedra en estas islas, pues los hombres de Westland, aprendiendo la Verdad de labios de uno de los que la había aprendido de Nuestro Señor, fueron bien enseñados, y nunca volvieron a los Viejos Dioses otra vez, sino que amaron y adoraron a Cristo en sus corazones y Lo veneraron con sus manos. Se dice que un hombre puede viajar a lo largo y a lo ancho del West Country y jamás dejará de ver las hermosas torres durante el día ni dejará de oír el sonido de sus dulces campanas, por la noche. Realmente, en los días antiguos, la costumbre afable y bondadosa era poner un faro en la torre de la iglesia, al anochecer; de modo que los viajeros en el pantano pudieran ver el camino, y las ventanas de ese faro se pueden ver aún hoy en muchas torres; hay incluso algunas iglesias en las que la ancestral y amable costumbre se mantiene aún, y algunos tañidos de la campana en la oscuridad permiten que los viajeros puedan llegar a su casa sin peligro.

En algunos de estos cementerios de iglesia hay antiguos espinos, retoños de los vástagos del báculo del viejo santo. Los hombres de Somerset de hoy en día, que entierran a sus muertos en medio de sus raíces enmarañadas, no saben la historia del viajero de tierras remotas que reside temporalmente entre los tejados, pues los árboles, apartados de la "tierra más sagrada de Inglaterra", no conservan su hábito de florecer en Navidad; pero sus hojas anchas y suaves, de un verde más oscuro que nuestro espino inglés, hace que se destaquen de entre los árboles del seto, aun cuando los ojos oscuros y la piel olivácea del viejo santo y de sus camaradas deben haber contrastado con la piel blanca y los ojos grises de los hombres de las tribus.

Pero en otros cementerios de iglesia hay espinos jóvenes y esbeltos, tiernamente custodiados y venerados, traídos como reliquias sagradas por los modernos peregrinos que van en tren o en automóvil a la antigua Avalon. Y aunque puedan no cumplir con la tradición de florecer en Navidad, lejos del benévolo valle de la isla de Avalon,

*Donde no cae nieve ni granizo ni lluvia,
y el viento jamás sopla fuerte,*

son sin embargo testigos de un cuidado renovado por los hermosos símbolos de las cosas sagradas. Glastonbury, la Isla de los Santos, es una vez más nuestra Jerusalén inglesa, y desde sus profundos pozos se extrae un agua dulce para refrescar el alma. Una vez más comprendemos el regalo, que no tiene precio, de los lugares sagrados, y los dos viejos árboles oyen el canto de los himnos cuando los sacerdotes y la gente caminan en procesión de un árbol al otro atravesando las calles del pueblo de techos rojos. Una vez más, el incienso se cuele entre las ramas nudosas y las capas consistoriales, y las vestiduras resplandecen gloriosas contra sus hojas oscuras, pues la iglesia recuerda su herencia.

8-La Glastonbury de los Monjes

Existen muchas Glastonburys, y aunque sus antiguas murallas nunca han sido derribadas, como las murallas de Troya, su espíritu tiene niveles ocultos, hondura sobre hondura, como las rocas de una cadena de montañas, y en diferentes lugares emergen a la superficie. Los antiguos patios y simples puertas de sus casas son de la Edad Media, y el espíritu de la Iglesia medieval se cierne sobre el centro del pueblo. El abad gobernaba todas las tierras a su alrededor, ya que las tierras de la Abadía se extendían hasta muy lejos, y las granjas y alquerías reconocían su dominio y pagaban tributos a su granero. El escudo de armas de la Abadía puede aún verse sobre la puerta de muchas granjas grises, en el páramo. Era el abad quien otorgaba la tosca caridad y aún más tosca justicia de cada día, como lo atestiguan las piedras de Glastonbury. En el pueblo hay dos hileras de casas de campo, de techos bajos y pisos de piedra, en cuya construcción se empleó mucha madera, una para ancianos, y otra para ancianas, y cada una tiene su pequeña capilla, pues los monjes cuidaban del alma de sus pensionistas tanto como de los cuerpos. Las ancianas pasan el resto de su vida bajo la sombra de la Abadía; sus alegres jardines se extienden hasta los límites, y el Espino Sagrado se inclina sobre su muralla. Al final de los pequeños jardines está la Capilla de San Patricio, con su altar de áspera mampostería. Cuando las manos airadas de la Reforma derribaron la noble iglesia, la capilla pequeña y humilde que atendía las almas de las ancianas no fue perturbada. Las grandes torres que le hacían sombra cayeron, pero la campana de San Patricio llama aún a la plegaria hasta el día de hoy.

La gran nave de la Abadía se yergue sin techo hacia el cielo, sus arcos quebrados se elevan y sus paredes grises permanecen en pie. Donde las paredes decaen, antiguas piedras asumen la carga. El piso es de un verde perfecto, de un verde como sólo se puede ver en el césped inglés. El cielo del West Country tiene un azul de hondura italiana. y con el verde abajo y el azul arriba y las piedras grises remontándose para fundirse con él, Glastonbury tiene una magia para el alma, que no se encuentra en las iglesias que se yerguen intactas.

Los abades constructores glorificaron a Dios en la belleza de su Abadía, agregando una capilla, un pórtico y unos arcos. Los edificios de la Abadía iban desde el hermoso granero en forma de cruz, en el Sudeste, hasta la entrada con arcos que da a la cruz del mercado en el Noroeste. Hasta hoy, dentro de la gran muralla pasta el ganado y maduran las manzanas para la sidra. El césped es verde, espeso y suave, como conviene al césped de un suelo que se pisa. Hay líneas débiles, incorpóreas, de bordes y huecos, que muestran donde pasaban los antiguos senderos. En un campo abierto se encuentra la Cocina del Abad, reliquia de pasadas glorias. En cada uno de sus cuatro grandes hornos se podría asar un buey entero.

El diseño y la mampostería de la cocina son tan hermosos como los de la iglesia, y aún se ven sin daño alguno, no tocados por el tiempo. Sus constructores eran hombres íntegros, y en su estructura utilizaron piedra sólida. No ocurrió lo mismo con la Abadía. Lamentablemente, la ambición de algunos abades les hizo construir más allá de sus recursos, y la armazón de juncos quebrada hoy muestra el falso ripio de los grandes pilares; donde una sólida mampostería debía llevar la carga, se pusieron arcilla y pedazos de ladrillo entre revestimientos de piedra labrada. Aunque la estructura parecía sólida a la vista, se necesitaba un constante apuntalamiento, y sus sucesores heredaron una pesada

carga. Les fue imposible dejar sus nombres grabados en la piedra, y se encontraban incesantemente ocupados en mantener intacto, por miedo a que cayera sobre ellos, el trabajo por el cual otros hombres habían recibido reconocimiento. Finalmente, los prodigiosos arcos invertidos, como se pueden ver en la Catedral de Wells, fueron introducidos bajo el gran campanario. Es un ejemplo maravilloso de mampostería esta gran figura de un ocho en piedra, surgiendo sin apoyo y sin apuntalamiento desde el piso al techo, y asumiendo la tensión y el peso de la torre y sus campanas.

Al sur de la gran iglesia estaban los claustros, resguardados del Norte por las altas paredes del presbiterio, abiertos al sol y al Sur, pues a los monjes les gustaba calentar sus viejos huesos mientras caminaban de un lado a otro en los claustros, preparando su apetito para el buen pollo castrado que debía alimentar sus honradas barrigas redondas, si es que Shakespeare está en lo cierto. Sin duda, había muchos buenos pollos castrados para un monasterio que poseía una parte tan extensa del fértil suelo de Westland, pero no se oyen acusaciones de descuido o negligencia contra los monjes de Glastonbury. Parecían vivir en paz con todos sus vecinos, salvo el Obispo de Bath y Wells, que tenía su propia opinión sobre la independencia y privilegios de los monjes, y las gentes del pueblo no manifestaban mala voluntad hacia ellos ni les guardaban rencor.

Los monjes eran notables eruditos, y los hijos de muchas casas de la nobleza eran enviados al monasterio para ser educados por ellos. Al sur del jardín del claustro estaba el aposento de los calígrafos, donde se llevaba a cabo el copiado de los manuscritos, con cuidadoso esmero y habilidad artística. A la Abadía, en la isla entre los pantanos, llegaban exóticos pigmentos desde todas partes del mundo entonces conocido. El múrice del Mediterráneo que daba el púrpura de Tiro, los rojos del Este, y hasta ingredientes tan raros como polvo de momias, eran pigmentos muy utilizados por nuestros antepasados. El líquen de sus propios manzanos les daba un buen amarillo, como lo sigue haciendo hasta hoy para muchos de los artesanos de la región.

Fue Peter Lightfoot, un monje de la Abadía, quien hizo el prodigioso reloj que hoy se encuentra en la Catedral de Wells. Este reloj no sólo da la hora y los minutos, sino el día de la semana y las fases de la luna. A cada hora, un grupo de caballeros sale de su maquinaria y pelea en un torneo con gran estruendo y choque de armas, y los antepasados de Gag y Magog son responsables por el carillón. Este maravilloso reloj era un magnífico juguete, y nos dice mucho sobre la mentalidad del hombre que lo hizo y del abad que le permitió hacerla.

Más allá de la Cocina del Abad, en el campo, hay una pequeña alberca redonda de piedras gastadas, con hojas del lirio de agua que flotan en su superficie. Aquí se ponía a los peces vivos para conservarlos para el Viernes. En los pantanos, hacia Meare, hay una antigua estructura de piedra, de carácter eclesiástico, parecida a una pequeña capilla. Esta era la casa de pesca del abad, donde se llevaba a los peces pescados en las corrientes lentas de los pantanos, para ser ahumados y almacenados. Poco más allá están los campos con los bajos montículos redondos que señalan las viviendas de un pueblo antiguo, que también obtenía pescado en esas lentas corrientes.

Así es que, una capa tras otra de memorias yace dormida en esta tierra buena. Los

monjes vivieron sus vidas, ricas y llenas de muchos intereses. El tiempo de sembrar y las cosechas nunca les fueron esquivos, como así también los innumerables manantiales. Las granjas y las haciendas y las distantes albercas enviaban sus tributos al granero de diezmos del abad. Aún cortamos piedra del lugar donde se extrajeron las piedras para la Abadía. Los carromatos de madera con sus caballos todavía transitan por los caminos estrechos. Aún hoy se curten cueros entre las praderas acuáticas, y las mimbreras siguen produciendo material para el trabajo de cestería. Sólo los peces han desaparecido con el drenado de los pantanos.

La devoción y la erudición medievales están en el aire mismo de Glastonbury. Las piedras de la Abadía han caído, pero su espíritu sigue vivo como una presencia inquietante, y muchos han visto a sus fantasmas. Soñando a solas en el silencio de la gran iglesia sin techo, los pilares espectrales se vuelven a formar en el ojo de la imaginación; el gran altar resplandece con sus luces y un cántico se acerca por los huecos pasillos. Entonces el sueño desaparece, disipado por la luz del sol, y no queda más que una nube de incienso que vaga a la deriva. Muchos han olido el incienso de Glastonbury, que llega súbitamente, en un gran hálito de dulzura. El espíritu de la Abadía sigue viviendo, oculto bajo la superficie del pequeño y prosaico pueblo con su mercado, y a veces emerge de repente a la superficie, precedido por las nubes de incienso; entonces, el alma del que observa se remonta lejos, a otro mundo, donde los hombres valoran el cielo y la belleza.

9- La Abadía

Un gran portal mira hacia la anchura de Magdalene Street. A su lado está la hermosa fachada de una casa, con ventanas de piedra divididas por parteluz, de cuyos aleros gradualmente se va destiñendo la leyenda del "León Rojo". Esta es la casa-portal de la Abadía, y se dice que en la cámara que está sobre la puerta, el pobre y anciano Abad Whiting, el martirizado Abad de Glastonbury, durmió su última noche en la tierra después de haber sido llevado a Wells "para ser juzgado y ejecutado", como decían las instrucciones oficiales, con involuntaria ironía.

Bajo la entrada, entre las modernas paredes, el sendero conduce al recinto de la Abadía, y después de pasar la valla, pisamos "la tierra más sagrada de Inglaterra".

Un gran campo de césped se extiende ante nosotros, césped perfecto sin mancha alguna, verde como una esmeralda hasta en los calores del verano, y desde el césped se elevan rotas paredes grises. Arcos enormes se remontan al cielo, se apoyan mutuamente, pero no se encuentran. La dovela ya no está, pero los poderosos pilares del campanario aún permanecen.

En épocas pasadas, antes de que el Brue fuera utilizado como recurso natural, el suelo de Glastonbury se anegaba y era traicionero, y para los abades era muy difícil encontrar una base segura para las paredes de los edificios; algunos de ellos, además, no tuvieron escrúpulos en utilizar escombros en vez de piedra sólida. De modo que el gran campanario fue una fuente de gran ansiedad para los monjes, y pusieron bajo aquel unos hermosos arcos con forma de reloj de arena, como los que pueden verse hoy en la Catedral de Wells. Esos arcos han caído, pero los pilares que se elevan al cielo siguen en pie.

El largo contorno de la nave está limitado al Sur por la gran pared gris con sus espacios para ventanas, vacíos donde una vez los cristales pintados relucían como gemas; hacia el Norte no queda pared alguna, pero su lugar está tomado por una hilera de magnífico canto rodado a cuyos pies las bases de las capillas perdidas están trazadas en piedra, pues las bases reales se encuentran a muchos metros bajo tierra. Estas son las capillas perdidas que fueron redescubiertas a través de esa curiosa escritura automática que llegó a manos de Mr. Bligh Bond, quien estuvo una vez a cargo de las excavaciones en la Abadía.

Al final de esta iglesia, la más larga de Inglaterra, están las bases de la Capilla Edgar, cuya existencia fue revelada por primera vez por las comunicaciones en esa escritura automática, y cuyo descubrimiento debajo de un alto talud de arcilla fue la primera confirmación de un experimento psíquico extraordinariamente interesante. En su extremo oeste está la hermosa Capilla de San José que, según dice la leyenda, se construyó originalmente alrededor de la pequeña iglesia de junco erigida por las manos venerables del anciano santo y sus compañeros. Pero unos grandes incendios han devastado a la Abadía de Glastonbury, y muchas reliquias sagradas han desaparecido en ellos. La pequeña iglesia de junco, la más preciosa de las reliquias, ya no existe.

Hasta que uno de los abades tuvo la dudosa inspiración de construirle una cripta a esta

capilla, el piso de esta estaba adornado con un piso de mosaicos que representaba los doce signos del zodíaco con el Sol exaltado en el centro, del cual se dice es una referencia a los doce compañeros de San José de Arimatea, que construyeron sus celdas solitarias de esa misma manera, alrededor de la iglesia circular.

La puerta norte de la capilla está ornamentada con las tallas más exquisitas; cuentan la historia de la Masacre de los Inocentes. En un panel vemos a los Tres Reyes Magos arropados en sus camas, demasiado cortas para ellos, con un ángel administrándoles un sueño. En otro, los soldados de Herodes, vestidos con la armadura de los caballeros normandos, tienen niños muertos atravesados en sus lanzas, como haces de heno en una horquilla. Todo muy espeluznante y convincente para la gente de la época, pero raro y pintoresco como un libro de cuento infantil para las personas sofisticadas de hoy.

Al sur de la gran iglesia se encuentra el soleado patio del claustro y la cripta del aposento de los calígrafos donde se hacía el copiado de los manuscritos.

Esto es todo lo que queda de las pasadas glorias de la Abadía de Glastonbury, cuyos abades eran a menudo de sangre real, que dio innumerables estadistas y eruditos al servicio del reino, cuya gran biblioteca era la maravilla de su tiempo, cuyas reliquias eclipsaban incluso a las de Canterbury y Westminster, y cuyo suelo era tan sagrado -por los huesos de los santos que albergaba- que un antiguo historiador lo llamó, "la tierra más sagrada de Inglaterra".

¿Hacia dónde se fue su gloria? Año tras año, los abades, sabiamente elegidos, construyeron esta institución tan antigua. No hay registro alguno de desmoralización o de corrupción en Glastonbury. Los reyes la enriquecieron con sus regalos, y los nobles enviaban allí a sus hijos para ser educados. Desde todas partes de Inglaterra, los peregrinos la visitaban para rezar ante sus altares y adorar las reliquias que contenían. ¿Por qué están rotos los arcos? ¿Por qué cayó el gran techo, y se fue toda la gloria?

La historia de esto es demasiado conocida como para contarla nuevamente. Llegó un día en que unos hombres enviados desde Londres visitaron la Abadía de Glastonbury e hicieron una lista de todos sus tesoros. El santo y anciano abad fue llevado a la rastra, como un reo más, hasta la cima del Peñasco donde se lo ahorcó, y los tesoros fueron enviados al rey. Los monjes fueron dispersados, se sacó el emplomado del techo, se quemó la pantalla con el crucifijo tallado para fundir las campanas, y la mitad de Somerset utilizó las paredes como cantera. Se dice que el camino a Wells fue pavimentado con piedra de la Abadía, y en muchas casas de campo podemos ver hoy las ventanas de piedra divididas por maineles, con sus gráciles arcos góticos ojivales, que salieron de la Abadía. Cuando las viejas casas son derribadas, constantemente se encuentra que las piedras de que estaban hechas están exquisitamente labradas, con sus caras talladas vueltas hacia adentro y ocultas con yeso y escombros y sus alisados dorsos expuestos a la vista.

¿Y por qué se llevó a cabo la destrucción de algo tan hermoso y venerable? ¿Por qué unos hombres que estaban dedicados al servicio de Dios, que vivían en paz con sus vecinos, fueron dispersados y expulsados, y condenados al hambre y la miseria? Porque un rey pagano con principios cristianos deseaba conciliar su conciencia con sus deseos.

La Abadía no languideció ni murió debido a la corrupción interna; murió como se hunde un gran navío, que en un momento navega hacia su destino, y al siguiente se precipita a la destrucción con todos sus tripulantes.

Por eso, en la Abadía tenemos una sensación tan clara de nuestro pasado espiritual, no corrompido por el deterioro. El espíritu de la Abadía sigue vivo, así como según se dice, sigue vivo el espíritu del hombre que ha muerto violentamente antes de tiempo. Cuando la muerte viene gradualmente a través de la enfermedad, el alma se prepara para su partida mucho antes de qué esta suceda; afloja su aferramiento poco a poco, y a menudo parte antes que empiece la agonía. En el cuerpo no permanece más que una vida química, y cuando esta cesa, la carne vuelve silenciosamente a la tierra. No es así cuando un hombre es derribado mediante la violencia mientras está en el cenit de su poder: el alma no irá a su lugar y no descansará, porque su tiempo no había llegado.

Y la Abadía de Glastonbury es como un hombre derribado en la flor de la vida. Su espíritu se mueve. En esa nave verde, que nos rodea completamente, sentimos el movimiento de la vida. El espíritu de la Abadía está allí, vivo y energizante. Todo lo que debemos hacer es cerrar los ojos, para sentir que nos rodea la atmósfera de una iglesia magnífica.

Hay fuerza espiritual en Glastonbury. Estar en el centro de la gran nave, mirando hacia el altar mayor, es como estar en medio de un rápido arroyo de montaña con el agua hasta la cintura. Una fuerza invisible se precipita fluyendo a torrentes. Sólo en otro lugar y otra ocasión he experimentando una fuerza similar: en la comunión de Navidad en la Abadía de Westminster, cuando al salir de la nave transversal hacia la lenta fila de los comulgantes llegué al pasillo central, fue como si desde la orilla de un río yo hubiese entrado en sus rápidas aguas.

¿En qué consiste este poder torrencial de los lugares sagrados? ¿Acaso no perdemos mucho al abandonar la antigua costumbre de la peregrinación? La Reforma, sin duda, eliminó muchos abusos en una era que había caído en la corrupción, pero con los abusos se destruyeron también bastantes cosas buenas. Algunas grandes verdades de la vida espiritual fueron olvidadas cuando cada persona se convirtió en su propio sacerdote.

Cualquiera que sea la explicación, la experiencia demuestra que hay poder en los lugares sagrados, poder para estimular la vida espiritual y vigorizar el alma con un nuevo entusiasmo e inspiración. Donde sucesivas generaciones de dedicados hombres o mujeres han sentido emociones espirituales durante largos períodos de tiempo -sobre todo si han tenido entre ellos a quienes pueden haber sido considerados como santos, por su genio para la devoción- la atmósfera mental del lugar se impregna de fuerzas espirituales, y las almas sensibles con la capacidad de responder se conmueven profundamente cuando se ponen en contacto con ellas.

Todos tenemos la desafortunada tendencia a olvidar que en nuestras islas hay lugares sagrados de poder espiritual que han sido santificados por las vidas y muertes de nuestros santos ingleses. Iona, Avalon, Lindisfarne, ¿no son acaso sus nombres "tres dulces

sinfonías"? Y de estas tres, nuestra Avalon es, según la opinión unánime, la más grande.

Primero fue santificada por la llegada de José de Arimatea quien traía el Grial, y desde ese día en adelante los hombres y mujeres de vida santa hicieron allí su hogar. San Patricio de Irlanda vivió y murió en Avalon. Santa Brígida llegó también allí desde Irlanda e hizo su hogar en Beckary, durante muchos años, aunque finalmente volvió a Irlanda para terminar allí su vida. San David y siete obispos de Gales viajaron a Glastonbury para consagrar la primera piedra de la iglesia que se construyó en ese lugar; pero en su viaje, San David fue visitado por Nuestra Señora en un sueño, quien le dijo que el suelo de Avalon era tan sagrado que la iglesia allí construida no necesitaba más consagración, y que ella ya la había aceptado. De modo que San David llegó a Glastonbury como un peregrino más, hizo allí su plegaria y volvió a Gales. La tradición afirma que el grupo de monjes peregrinos que fueron masacrados por las tribus en Shapwick mientras se dirigía a Glastonbury eran esos mismos galeses.

La tradición tiene también una historia muy hermosa, que debemos amar por el relato en sí, aun cuando no sea creíble desde el punto de vista histórico. Se dice que el Sagrado Niño vino a Glastonbury cuando era joven, viajando con los barcos de estaño, y que predicó el Evangelio a los rústicos mineros de Mendip, quienes lo escucharon con alegría. Es a esta leyenda a la que se refiere William Blake, el gran místico, en su poema:

*¿ Y caminaron esos Pies en los tiempos antiguos
sobre las verdes montañas de Inglaterra?
¿ Y los hombres vieron al Sagrado Cordero de Dios
paciendo en los amables campos de Inglaterra?*

Pero aunque esta sea una bella fábula cuando se la aprecia desde el punto de vista de la historia, considerado desde el punto de vista de la vida interior es una realidad espiritual. En Avalon está la esencia de nuestra vida espiritual en tanto estirpe. Aquí se custodió al Grial, el último y el más alto premio de los caballeros entrenados en la perfección caballeresca en la Tabla Redonda del Rey Arturo. En las leyendas del Ciclo Artúrico y del Grial tenemos la Tradición de Misterio de nuestra Raza.

Arturo y su esposa, la Reina Ginebra, fueron enterrados en la Abadía de Glastonbury -según la tradición-, y Eduardo I y su esposa la Reina Elinor (Chere Reine) visitaron la Abadía para asistir al traslado de sus restos desde el cementerio de los monjes a una tumba debajo del altar mayor. Se hicieron excavaciones en el lugar indicado por la tradición, y cuando los monjes ya estaban desesperados, pues habían excavado hasta una profundidad de poco más de cuatro metros sin encontrar nada, se encontraron con un gran ataúd de roble, enterrado boca abajo, y cuando lo dieron vuelta encontraron sobre la tapa la inscripción: "Aquí yace Arturo, Rey de Gran Bretaña". En el ataúd estaba el esqueleto de un hombre muy alto y poderoso, y en el cráneo había cinco heridas, todas las cuales, menos una, se habían curado. Al pie del ataúd había otro sin nombre alguno, que, al ser abierto, contenía el esqueleto de una mujer y una gran trenza de cabello dorado muy hermoso. Esto era de esperar, pues la tradición afirmaba que la Reina Ginebra, después de separarse del Rey, entró en el convento de Amesbury, que no está muy lejos de Glastonbury. El cabello le había sido cortado al convertirse en monja, y no es extraño que la gran trenza de cabello

rubio fuera colocada en el ataúd junto a su cuerpo cuando este fue traído, atravesando el páramo, desde algunas millas de distancia, para ser puesto, no al lado, sino a los pies del esposo al que había amado y ofendido.

San Dustan nació en Baltonsborough, a algunas millas de Glastonbury, y pasó su niñez en la Abadía; allí también San Hugo de Lincoln cumplió su noviciado, y cuando necesitó albañiles para la excelente obra de mampostería de la gran catedral, trajo para ello a hombres de Somerset.

Así pasan ante nosotros en procesión los santos de Avalon, hasta que llegamos a la conmovedora figura del último abad, Richard Whiting, con cuya desdichada muerte en el Peñasco termina la historia de la Abadía.

Desde entonces, todo fue dispersado y destruido, y las ruinas cayeron, piedra a piedra. La hierba cubrió la acera, los árboles crecieron en las capillas sin techo. Verano e invierno, siembra y cosecha continuaron inalterados, hasta que una vez más, en el ciclo del tiempo, se venera a Avalon como un lugar sagrado, y otra vez los peregrinos bendicen el templo con sus plegarias.

10- Las Piedras de la Abadía

Los viejos planos de la Abadía, dibujados con una peculiar perspectiva, muestran el extenso territorio que una vez estuvo dentro de sus límites. La caseta de entrada, con su techo empinado y su cámara sobre la entrada, todavía mira hacia la amplia extensión de Magdalene Street. Desde la hilera de casas de beneficencia con sus soleados jardines, los pensionados de los monjes aún pueden observar todo el movimiento de la Abadía. Parte de la gran pared que cercaba el jardín de los monjes aún está en pie; se eleva muy alto por sobre las estrechas callejuelas detrás de la calle principal, y en sus grietas crecen plantas: conejitos y valerianas. La mayor parte de esa pared ya no está, pero aún pueden rastrearse las bases, incluso hasta el Granero de la Abadía, el magnífico granero cruciforme, bellamente construido en piedra gris con manchas de líquen, con las estatuas de los cuatro evangelistas muy arriba en sus nichos mirando hacia abajo, a los carretones y el ganado.

Los monjes le dieron un toque eclesiástico a todo lo que construyeron; no hay modo de confundir la obra hecha por sus manos. Hasta las oficinas internas fueron construidas con la misma cuidada belleza de la gran iglesia. La Cocina del Abad, aún en pie, es testigo de su amor por la belleza y la verdadera artesanía.

La Cocina del Abad es un edificio octogonal con un empinado techo en forma de pirámide. Dentro de ella hay cuatro enormes hornos, cada uno concebido para asar un buey entero. A su lado hay hornos más pequeños, construidos dentro del espesor de la pared, probablemente para la pastelería. Nada pudo haber sido mejor planificado que el alto techo de la cocina para expulsar el calor y el humo de estos cuatro hornos, ya que no hay palabras para describirlos, tan enormes son. Para atizar el fuego en ellos deben haberse empleado troncos de árboles enteros.

No es necesario poseer una gran imaginación para ver en la vieja cocina gris al cocinero monástico y sus ayudantes, pues las grandes lajas del piso preservan las marcas de sus pies. Hay algo extrañamente impresionante en la piedra gastada por las pisadas. No hay nada que humanice más un antiguo edificio que las superficiales depresiones producidas en sus baldosas por los pies humanos.

Entre los pilares rotos de la cripta todavía pueden verse los canales de piedra que sirvieron de desagüe a la Abadía. Fueron construidos con el mismo sistema que utilizaron los romanos en sus casas de campo, y aún hoy funcionan, manteniendo el suelo seco y sano.

También hay pozos que proveían de agua a los numerosos monjes. Hoy nos parecen extrañamente situados, ya que están dentro de la iglesia. Uno de ellos, del que se dice que es alimentado por el famoso manantial de Sangre al pie del Peñasco, se encuentra bajo la Capilla de San José. El arco de baja altura que oficia de techo, en la profunda oscuridad al pie de una escalera sinuosa y estrecha, está bellamente labrado mediante el uso de una hacha, cortado a imitación de la madera trabajada con cincel. En estas islas este fue el prototipo de la ornamentación arquitectónica. La técnica de un material fue imitada en otro antes del descubrimiento de que las obras de calado podían trabajarse en piedra tan

fácilmente como los ángulos de la talla con hacha.

Para nosotros, que estamos acostumbrados a oficinas interiores puramente utilitarias, es materia de reflexión que los monjes emplearan semejante riqueza artesanal en las partes no visibles de sus edificios. Esto prueba que trabajaban para la gloria de Dios y no para las alabanzas de los hombres, ya que, ¿quién más que aquel que sacaba agua del pozo iba a ver las finas tallas de la fuente en medio del sótano de la Abadía?

Fuera de la pared que marca el límite de la Abadía hay otros edificios íntimamente relacionados con la vida monástica. Mirando hacia la ancha Magdalene Street, hacia la cual se abre la puerta de la Abadía, se encuentra la antigua y admirable Posada del Peregrino -conocida hoy como "The George"- uno de los mejores ejemplos de arquitectura Tudor en el país, y que originalmente fue la posada de la Abadía donde se daba hospedaje a los viajeros, según la costumbre de las casas monásticas. Muchos peregrinos se sentían atraídos a Glastonbury por la fama de sus reliquias. Sin duda, el Abad encontraba que éstas eran una distracción de los deberes sagrados, de modo que la posada fue construida fuera de las paredes de la Abadía, donde ni el espíritu mundano ni las fiebres de los visitantes pudieran infectar a los monjes.

El peligro de la infección era muy grande durante las devastadoras epidemias de la Edad Media; y fue durante la Peste Negra cuando se construyó el Tribunal, el hermoso y antiguo edificio gris en High Street, a mitad de camino entre la Posada del Peregrino y la iglesia de San Juan. Los presos se podían vengar de los jueces infectándolos con las enfermedades que se originaban en las fétidas cárceles; los monjes eran suficientemente astutos para darse cuenta de que dejar entrar a un preso a la Abadía, por más que desearan su detención, podía no ser algo bueno, así que se mantenía a presos y peregrinos a una prudente distancia y la Abadía conservó un continuo estado de salud.

Se dice que hay calabozos bajo el Tribunal, pero nunca han sido explorados; no es seguro excavar en los cimientos de casas antiguas. Sin embargo, en los canales triangulares que están debajo de los aleros todavía pueden verse los antiguos juncos como los que se usaron en la construcción de la iglesia circular levantada por San José y sus doce compañeros; la primera iglesia en estas islas, y, así afirma la tradición, la primera iglesia que se construyó en la superficie de toda Europa.

El Tribunal y la Posada del Peregrino han sido utilizados ininterrumpidamente desde su construcción. El Tribunal ha sido muchas cosas en su momento. Una vez, una hermandad de monjas lo convirtió en su hogar, y sus cortinajes negros podían verse al pasar por las calles estrechas y al entrar por las puertas de arcos bajos de las antiguas casas de campo, llevando la imaginación a la Edad Media y a la Glastonbury de los monjes. Hoy el Tribunal es un negocio de artesanías donde se venden los fascinantes productos de los artistas-artesanos que abundan en esta parte del mundo. Las viejas habitaciones de piedra son un ambiente perfecto para los lienzos hilados a mano y los metales trabajados artesanalmente; nunca hubo tanta armonía entre un negocio y sus mercaderías.

La Posada del Peregrino se encuentra también en buenas manos; las habitaciones, con sus ventanas de piedra divididas por parteluces y pisos irregulares de enormes tablas

cortadas de árboles enteros, sus entablados en las paredes y sus pretendidos fantasmas, están amuebladas con hermosos muebles antiguos que armonizan con el espíritu de la casa. El patio, donde solían entrar los carruajes, ha sido techado y convertido en salón; pero debajo de las alfombras que cubren el piso, nuestros pies pueden sentir irregularidades, y si retiramos las alfombras, podemos ver los profundos surcos que las ruedas de los carruajes dejaron en las lajas que cubren el piso.

Los elevados pilares de la Abadía parecen ajenos a la vida humana. Han estado bajo el cielo tanto tiempo, que la atmósfera humana ha desaparecido de ellos; pero las antiguas piedras que muestran señales del uso diario de gente ocupada con las tareas en que nosotros mismos nos ocupamos cada día de la semana -los dormitorios, los lugares donde cocinaban los hombres que ya se fueron- estas cosas nos tocan el corazón, y sentimos que la línea ininterrumpida de nuestra vida nacional se extiende hacia atrás, hacia el pasado remoto, y sabemos que llegará al lejano futuro y que nosotros mismos somos una parte de él.

11-El Peñasco

En la parte norte de Somerset, donde linda con Gloucester, hay una llanura triangular, limitada en dos de sus lados por los Mendips y los Poldens, y por el mar en el otro. En el medio de esta planicie se eleva un extraño cerro piramidal coronado por una torre. Tan extraño es este cerro, tan simétrico en su forma, elevándose tan abruptamente en la extensa llanura, que nadie que lo mire por primera vez deja de sentir el impulso de preguntar qué es, pues tiene esa cosa sutil que, aunque parezca extraña aplicada a un cerro, no podemos menos que llamar personalidad.

Visto desde la distancia, el Peñasco es una pirámide perfecta; pero a medida que nos acercamos, un cerro central se separa de las estribaciones apretujadas, y vemos que tiene la forma de un león acostado, con una torre en su cima, y que alrededor de la parte central, en tres grandes espirales, se extiende un sendero ancho e inclinado, conocido como el Sendero del Peregrino.

De todo el cerro parece emanar un influjo extraño y potente, sea que lo veamos desde lejos, desde la cima del Mendip, o lo vislumbremos inesperadamente desde la ventana del dormitorio cuando corremos la cortina en la oscuridad. Ya sea que la luna llena esté desplazándose serenamente en el cielo nocturno detrás de la torre, o que una masa oscura empañe las estrellas, o que el sol esté ardiendo en un cielo añil, o que jirones de nubes se muevan rápidamente empujadas por una tormenta, el Peñasco tiene dominio sobre Glastonbury. El mercado pequeño y atareado que se encuentra a sus pies se ocupa de la vida de los hombres, pero, sobre el Peñasco:

*Los Antiguos Dioses custodian su suelo,
y en su secreto corazón,
Wilfred encontró el reino pagano,
Sueña, mientras vive separado.*

En el centro de "la tierra más sagrada de Inglaterra" se alza el cerro más pagano de todos. Pues el Peñasco mantiene su libertad espiritual. Jamás se ha lamentado: "Has triunfado, oh Galileo".

La tradición afirma que su cima estuvo una vez coronada por un círculo de piedra como Stonehenge, que fue un Templo del Sol a cielo abierto, y que el camino inclinado que da tres vueltas en espiral alrededor del cono era el camino procesional por el cual los sacerdotes del sol ascendían a los elevados lugares de su culto.

Cuando el paganismo, moribundo, entregó la antorcha a la nueva fe, el círculo del sol fue derribado, se rompieron en pedazos sus grandes piedras, y se las utilizó en los cimientos de la Abadía, de modo que la nueva iglesia se alzó sobre raíces paganas. El pozo de agua al pie del Peñasco, el oscuro Pozo de Sangre del antiguo sacrificio, se convirtió en el escondite del Cáliz sagrado; la misericordiosa leyenda cristiana abrazó las piedras sombrías de la antigua fe, la invocación de la naturaleza elemental fue olvidada, y comenzó la

hermosa historia del Grial.

Se dice que alrededor del sagrado Pozo de Sangre, algunos ermitaños hicieron sus celdas. Pero estos santos estaban tan perturbados por los ángeles y los poderes que el antiguo ritual había convocado en el Peñasco que, en defensa propia, construyeron una iglesia en la cima y la dedicaron a San Miguel, el poderoso arcángel cuya función es dominar los poderes del submundo.

Pero ni siquiera San Miguel pudo contra los Poderes de las Tinieblas, concentrados por el ritual, y el terremoto del año 1000 derribó el edificio de la iglesia, dejando sólo la torre en pie. Así fue como el símbolo cristiano de una iglesia cruciforme se convirtió en el símbolo pagano de una torre erguida, y los Viejos Dioses se mantuvieron firmes. Sobre la puerta por la que se entra a la torre hay dos curiosos símbolos tallados que han sobrevivido a la potencia de tormentas y ardores fanáticos, aunque las estatuas de los santos han caído de sus nichos.

A un costado del umbral hay un bajorrelieve en que el alma está siendo pesada en la balanza, y al otro costado se encuentra la imagen de una vaca. ¿Qué hacen estos símbolos en una torre cristiana? ¿Quién, que haya estudiado el Libro de los Muertos de los egipcios, no conoce el símbolo del alma en la Sala de Juicios de Osiris, que es pesada en un platillo de la balanza mientras en el otro, como contrapeso, está la pluma de la Verdad, y el sombrío Chacal de los Dioses espera para devorar al alma si se encuentra que no es digna? ¿Y quién no ha visto allí a la diosa-vaca Hathor con la luna entre sus cuernos? ¿Qué hacen estas dos figuras grabadas en la torre del Peñasco de Glastonbury?

El Peñasco es realmente el Cerro de la Visión para cualquier persona cuyos ojos posean una mínima inclinación a abrirse a otro mundo. De él se cuentan innumerables historias. Hay algunas personas que, al visitar Glastonbury por primera vez, se asombran al ver ante ellos un Cerro que ya han conocido en sueños mientras dormían. Más de una ha contado esta experiencia. Muchas veces dicen que la torre se ve rodeada de luz; un cálido resplandor, como de un horno, se eleva del suelo en las cerriles noches de invierno, y se oye el sonido de cánticos desde las profundidades del cerro. Las imponentes formas de las luces y las sombras se mueven entre los antiguos espinos que cubren las laderas bajas, y algo que los ojos no pueden ver impulsa al ganado que pastorea desde las alturas hacia abajo; y los animales no se precipitan en pánico, sino que van en silencio y ordenadamente, obedeciendo a un pastor invisible que los aleja del lugar a fin de que el Templo del Sol, en las alturas, que no está hecho por el hombre, eterno en el cielo, pueda estar listo para quienes vienen a rendir culto aquí. En más de una ocasión, quienes vivimos en la ladera del Peñasco hemos sido convocados para dar consuelo a aquellos que realmente han visto aquello que venían a buscar.

Aunque es maravilloso el panorama que se ve desde el Peñasco, cuando la mitad de Somerset yace extendida a nuestros pies con las lejanas colinas de Devon al sur, al otro lado de Bridgwater Bay -y, cuando el aire se limpia después de la lluvia, también las colinas de Wales hacia el Oeste- mucho más maravilloso aún es el paisaje nocturno para aquellos que se atreven a trepar en la oscuridad. Lo más prodigioso de todo es, quizás, escalar el Peñasco en el ocaso y ver cómo el sol se hunde en el horizonte, sobre el lejano

océano Atlántico. Desde el Peñasco vemos dos ocasos: el sol en toda su gloria en el Oeste, y su reflejo en las nubes en el cielo del Este. Ver la luna elevarse a través del resplandor rosado de las nubes bajas sobre los pantanos que se van oscureciendo es algo que jamás se podrá olvidar.

Cuando las luces empiezan a encenderse en el pueblo al pie del cerro, se ve que forman una estrella de cinco puntas, pues hay cinco caminos que salen desde Avalon -hacia Wells, Meare, Street, Butleigh, y Shepton Mallet- y las casas que están a lo largo de estos caminos -como es necesario que estén las casas de los hombres-, amontonadas confusamente donde abandonan el pueblo, y raleándose a medida que los caminos se internan en los pantanos, forman una perfecta estrella de luz alrededor del Peñasco con su torre.

Hay un momento especial, mejor que ningún otro, en que es bueno subir al Peñasco al anochecer, y ese momento es la noche de luna llena del equinoccio de otoño, cerca de la Misa de San Miguel. En esa época las noches se ponen frías, pero los días aún son cálidos, con el resplandor crepuscular del verano, y el frío de la oscuridad, congelando el cálido aliento de las praderas, hace que una niebla espesa pero baja se forme sobre la llanura. A través de ella el ganado avanza con dificultad, como si lo hiciera en el agua, y los árboles proyectan sombras -negro sobre plata- bajo la luz de la luna. Cuando la noche se acerca, la bruma se hace más profunda. Llena todos los huecos, igual que en la marea alta en un estuario. Lentamente, los árboles y los graneros van desapareciendo. Sólo algunas lomas, como Beckary de St. Bride, permanecen como islas en la niebla. Las luces en los caminos lejanos se encienden y apagan a semejanza de luciérnagas en la blanca tristeza. Poco a poco, ellas también se desvanecen cuando la niebla se espesa, y Avalon vuelve a ser una isla otra vez.

La gente del lugar llama a esta niebla baja que se tiende sobre la llanura, el Lago del Prodigio. A través de ella, lentamente, llega la barcaza negra conducida por el hombre mudo, llevando a las reinas llorosas que traen a Arturo, herido de muerte en Lyonesse, para que él pueda curarlo de su grave herida en nuestros verdes valles entre los manzanos. Es en el Lago del Prodigio que Sir Bedivere arroja a Excalibur, la espada mágica, grabada con extrañas runas en una lengua desconocida. Y es allí donde el blanco brazo de la Dama del Lago, elevándose entre el torrente de agua, toma la espada y se la lleva a las profundidades. Hasta el día de hoy sus piedras preciosas, adornando su hoja aherrumbrada, yacen entre los pantanos, esperando que alguien las encuentre.

Todo esto y mucho más retorna a Avalon cuando el Lago del Prodigio se eleva desde sus manantiales fantásticos bajo la Luna del Cazador.

Pero he visto algo más extraño aún que el Lago del Prodigio a la luz de la luna. Hay veces en que sobre las llanuras de Glastonbury cae lo que se conoce localmente como la Plaga. Una rara pesadez que no se convertirá en tormenta está en el aire de verano. El sol brilla opacamente como un disco de cobre a través de las nubes pajas, y en la opacidad y calor opresivos, los nervios se ponen de punta con la inquietud e intranquilidad.

Un día igual al que acabo de describir, llevados al borde de la desesperación por la opresión de la llanura, partimos para ascender al Peñasco. Atravesando la niebla más densa,

moviéndonos en un círculo de tres metros de diámetro, cercados por una pared blanca e impenetrable como la piedra, subimos y subimos hasta la misma cima, y allí, en una blanca ceguera, la cima surgió de la niebla tan repentinamente como un tren sale de un túnel. La cresta del Peñasco estaba por encima de las nubes.

El cielo era de ese azul añil que se ve a menudo en Avalon. Un azul que debería ser visto a través de las ramas de un manzano en flor. De una orilla hasta otra, ninguna nube punteaba sus profundidades, pero bajo nuestros pies se extendía hasta el horizonte un ondulante mar del blanco más puro con púrpura en sus huecos. Por encima de nuestras cabezas estaba la torre, con su extensa sombra proyectada a gran distancia sobre el piso de nubes. Era como si el mundo se hubiera hundido en el mar y nosotros fuéramos los últimos seres que quedaban de la humanidad. A través de la niebla no se oía ningún sonido, y ningún pájaro hacía círculos sobre nosotros. Tan sólo cielo azul, torre gris, niebla ondulante y un sol tremendo.

El aire no se movía. Todo estaba quieto y silencioso como la luna. El tiempo pasó sin que lo notáramos, hasta que al fin, un aire leve empezó a agitarse; pronto se convirtió en brisa. Entonces las nubes empezaron a moverse. Se revolviéron y amontonaron en grandes olas y se deslizaron hacia el mar. Cada vez más y más rápido, mientras el viento se volvía más fresco, se fueron moviendo bajo nuestros pies. Pronto empezaron a abrirse grandes grietas en la niebla, y por un momento vimos los oscuros bosques de Butleigh, envueltos en la más profunda sombra. Las grietas se cerraban y volvían a abrirse y a cerrarse, ofreciéndonos vislumbres de los cortes de turba hacia Ashcott y los rojos techos de Street. Luego las rías empezaron a verse como hilos de plata a través de la bruma; los sonidos comenzaron a elevarse débilmente a través de las nubes cada vez más tenues: un gallo canta, un perro ladra, campanas en la distancia. Por fin, lo que quedaba de la niebla empezó a rodar y voló como una pared hacia la costa, y las llanuras se extendieron bajo la luz dorada del sol. Dos veces he visto esto desde el Peñasco, y es algo que jamás podré olvidar.

12-Glastonbury Hoy I

No es fácil escribir sobre la Glastonbury de hoy, ya que una parte tan grande de la naturaleza humana ha sido empleada en su construcción. Hay un viejo refrán que dice que a los niños pequeños y a los tontos nunca se les debe mostrar algo hasta que esté terminado. Es un refrán que viene del Oriente, pues está ilustrado por el cuento del tejedor de alfombras que se sentaba a la puerta de su negocio en el bullicioso mercado. Los transeúntes lo veían haciendo su trabajo y comentaban sobre sus progresos. Señalaban los hilos sucios y sin brillo del tejido y los innumerables nudos, junturas y cabos sueltos. Si el tejedor les hubiera hecho caso, habría abandonado su trabajo, hastiado y desesperado. Pero a pesar de todas las críticas hostiles y el ridículo de que era objeto, el viejo artesano seguía pacientemente agregando un nudo tras otro en el delicado tejido de la alfombra, cientos de nudos por pulgada cuadrada. Por fin, después de muchas lunas, el pesado telar, tan difícil de manejar, fue desenrollado entre crujidos, se ataron los extremos de la urdimbre, y la magnificencia de la alfombra fue expuesta ante la mirada llena de admiración de la muchedumbre. Fue tan grande la fama de esta alfombra, el trabajo de años, que el rey envió a su visir para comprarla con destino a la gran mezquita, donde su belleza exaltaría a Alá. Aquellos que se habían burlado eran demasiado ignorantes para darse cuenta de que una alfombra se crea desde adentro hacia afuera. Sólo el sabio artista artesano lo sabía.

Lo mismo sucede con el mundo que nos rodea. El espíritu de la raza palpita de vida. Los ángeles ascienden y descienden por la escala de Jacob, pero nadie los ve sino el artista, y este no es escuchado. Sólo se escucha en nuestro medio a los locos de remate; y estos nos cuentan que hubo algo delicioso ayer, que habrá algo delicioso mañana, pero nunca hay algo delicioso hoy.

La historia es la vida vista en perspectiva. Cuando la historia se está haciendo, como sucede en Glastonbury, es imposible comprender su verdadero valor. Uno puede pensar en ello sólo en lo que a uno lo afecta. Las carretas que traen las piedras para el templo reclaman el derecho de pasar por nuestra huerta; sus torpes ruedas chirrían y dejan caer pedazos de barro; los carreteros castigan a los caballos y estos patean a los carreteros; un grano de arena se nos mete en un ojo mientras el maestro artesano, trabajando con un gran impulso creativo, hace volar piedritas por el aire. Todas estas cosas son importantes, y mucho, para la gente que se halla en el lugar.

El mundo que rinde homenaje a la obra maestra no ve la paleta sucia ni el guardapolvo manchado que fueron parte de la obra.

La moderna historia de Glastonbury tiene muchos relatos que a su debido tiempo se contarán, pero debemos esperar la perspectiva que se obtiene desde los miradores de la historia antes de que esto pueda hacerse adecuadamente. No es fácil para nosotros dar hoy un paso hacia atrás y ver las cosas que se han logrado como las verá la historia, sin preocuparnos por quiénes han sido heridos en sus sentimientos, quiénes han visto sus ideales violentados, y quiénes han sido respetados en sus derechos; sino más bien ver los dones que han sido llevados al altar de la civilización por los artistas-artesanos de Glas-

tonbury, sea que hayan trabajado con palabras, sonidos, colores o con piedra; porque la historia no se ocupa de sus fracasos sino sólo de sus logros.

El artista siempre ha vivido con la cabeza entre las nubes de sus visiones doradas, y con los pies más hundidos en el fango de la arcilla común, que sus vecinos. La habilidad de sus manos al crear belleza parece estar siempre a la par de la torpeza de aquellas al manejar maderos y piedras. Los vecinos del artista, que son muy competentes para evaluar la ineptitud de este en la esfera mundana, no poseen la misma competencia para evaluar sus logros en las cosas del Reino, de modo que no se establece equilibrio alguno.

El artista es tacaño en lo pequeño, y derrochador en lo grande. Su reloj nunca funciona bien, sus cuentas nunca se equilibran. Es el inocente de Dios, que se sienta en el piso del mundo y oye:

*El consejo más viejo de las cosas que son
La comidilla de los Tres en Uno.*

Glastonbury siempre ha sido el hogar de hombres y mujeres que han tenido visiones. Aquí el velo es muy delgado, y lo Invisible llega muy cerca de la tierra. Las piedras del viejo pueblo irradian inspiración cuando una pared calentada por el sol se siente al tacto como si fuese una cosa viva en la oscuridad. Muchas personas de opiniones diferentes han oído las voces de Avalon; porque existen dos Avalon, la cristiana y la pagana: la Avalon de San José y Santa Brígida y toda la espléndida historia de la cristiandad, y la otra, la Avalon más antigua, del Mago Merlín y la Dama del Lago; y entre las dos, perteneciente a ambas, se entrelaza la figura de Arturo, con Excalibur en la mano derecha y el Grial en la izquierda.

Algunos de aquellos que hacen una peregrinación a Glastonbury vienen a rendir homenaje al polvo de los santos en la nave verde y serena de la Abadía; otros vienen a abrir sus almas a las vehementes fuerzas que se elevan como llamas oscuras en el Peñasco. ¿Quién decidirá, como juez, por una o por otra?

13-Glastonbury Hoy II

Los primeros movimientos del nuevo despertar de la vida en Avalon llegaron cuando la fortuna familiar de los Jardines lanzó las ruinas de la Abadía al mercado. Muchas veces antes las ruinas de la Abadía y la casa construida con sus piedras habían cambiado de manos, rara vez pasando de padre a hijo. Los dedos destructivos de la hiedra se aferraban a las grandes piedras de los arcos, y las flores crecían en los escombros traicioneros de las paredes, socavando y destrozando aquello que embellecían, y la Abadía de Glastonbury cayó, piedra tras piedra, sin respeto ni cuidado.

Mientras tanto, estaban quienes sabían lo que significaba Glastonbury, y ellos observaron y aguardaron, esperando su oportunidad. Compraron la vieja posada al pie del Peñasco como un lugar temporario, hasta que sus planes estuvieran maduros. Era una hostería destartada que había conocido días mejores, hasta que las diligencias dejaron de venir y de precipitarse cerro abajo desde Shepton Mallet con destino a la ciudad catedralicia de Wells. Pero junto con la vieja posada se fue también algo que era muy valorado por sus compradores. Un pedazo de jardín, largo y estrecho, subía por un empinado valle hasta una huerta descuidada, de retorcidos manzanos, y donde el jardín se encontraba con la huerta había un antiguo manantial. Desde este manantial un torrente de agua rojiza, del color del óxido, se precipitaba a los saltos hacia el empinado jardín. Hace cien años, a uno de los muchos videntes de Glastonbury le fue revelado en un sueño que las aguas de este manantial tenían propiedades curativas, y fue allí y se bañó en esas aguas como le fue ordenado, y se curó de su enfermedad. Entonces edificó una casa de baños de piedra gris de Mendip, incluyendo dos enormes estanques de piedra, de aspecto siniestro, con peldaños que se hundían en la oscuridad, y anunció al mundo que se había descubierto un manantial milagroso.

El mundo, que siempre está listo para creer lo que le agrada, se acercó hasta allí en diligencia o a pie, incluso desde la lejana Londres. Y sin duda, después de bañarse en esa agua helada y en esos ominosos tanques, los peregrinos dejaron de pensar en sus dolores imaginarios, al tener algo tangible por lo cual preocuparse. Sin embargo, después que los primeros entusiasmos se disiparon, se vio que los resultados no justificaban las expectativas, y que el agua era muy fría, de modo que el proyecto de spa se fue diluyendo gradualmente.

Sin embargo, sus nuevos dueños conocían la historia de San José y el Cáliz de la Última Cena. A un lado de la vieja hostería se alzaba un edificio alto revestido de piedra gris, con un techo de tejas rojas que hacía recordar a Italia, en donde, se dice, se inspiró su arquitecto eclesiástico, y, ¡milagro, los monjes estaban de vuelta en Glastonbury! La muralla con aspecto de barranco del Pozo del Cáliz es un verdadero hito, un punto que sobresale en millas a la redonda. Tiene la belleza propia, con sus hermosas proporciones y los viejos edificios, de escasa altura, que una vez fueron una posada, amontonados en su base.

Una vez más hubo observadores al lado del Peñasco, en el mismísimo lugar donde la tradición afirma que ciertos anacoretas habían construido sus chozas de junco y rezado al

lado del Pozo del Cáliz. En verdad, la vieja hostería había sido llamada "El Ancla", un nombre extraño para una hostería de campo; y los anticuarios aún discuten si ese nombre es una reminiscencia de los santos que una vez vivieron allí, o del día en que la marea llegó hasta Glastonbury y los barcos de pesca y del litoral marítimo amarraron en los muelles del Brue.

Estos nuevos anacoretas aguardaron pacientemente al lado del Pozo, entrenando a los muchachos para lejanas tareas misioneras y esperando el día en que las ruinas de la Abadía y la casa que se construyó con estas cambiaran de dueño una vez más, pues sabían bien que esto sucedería, porque siempre hay una maldición sobre la propiedad saqueada de la Iglesia, y nunca se hereda en una línea directa de descendencia.

A su debido tiempo, llegó el día que habían esperado con tanta paciencia, y las piedras de la Abadía fueron puestas en pública subasta. La Iglesia de Roma ofreció comprarlas, con la idea de hacer de nuestra Glastonbury inglesa otro centro sagrado y lugar de peregrinación. Pero allí había un forastero, un hombre del norte, que nadie conocía, y este hombre, que parecía poseer mucho dinero, continuó ofertando y los demás compradores abandonaron la apuesta, salvo los monjes. Finalmente, después de todos sus años de paciente espera, ellos también dejaron el lugar al hombre de los fondos inagotables, y la Abadía fue vendida al forastero. Entonces se reveló la identidad del comprador. ¡La Abadía había sido comprada para la Iglesia de Inglaterra! Y ahora, ironía de ironías, está al cuidado del Obispo de Bath y Wells. Lo que los viejos monjes tanto temían les ha caído encima, y su inveterado enemigo ha obtenido al fin el control de sus antiguas libertades.

Si la Iglesia de Roma hubiera tenido éxito en su propósito, ¿habríamos visto otra Abadía de Buckfast levantada por manos reverentes para venerar las ruinas grises, del mismo modo que veneraron la pequeña iglesia de juncos? ¿Qué es más hermoso? ¿La piedra labrada y los vidrios pintados, o los prados verdes y los árboles?

¿Quién puede decirlo?

14-Glastonbury Hoy III

La venta de la Abadía no fue la única subasta en Glastonbury en la que los valores espirituales fueron puestos en el mercado. Desilusionados por el fracaso de sus planes, los monjes en el Pozo ya no desearon mantener su posición en Glastonbury, y el monasterio también fue puesto en venta. A esta subasta vinieron tres postores de importancia -uno era un fabricante de tejidos de lana, que deseaba el manantial sagrado, por su fuerza hidráulica; otra era una norteamericana pudiente; y la tercera era Miss Alice Buckton, famosa por su Eagerheart. Pero aunque vinieron tres postores a la subasta, llegaron sólo dos, ya que el tren que traía a la rica norteamericana se descompuso en medio del pantano. Avalon no deseaba a esta persona.

De modo que la lucha se dio entre el fabricante de ropas de lana y la autora de Eagerheart. El Pozo Sagrado tenía un cierto valor como fuente de fuerza hidráulica, y nada más; pues si su precio se situaba por encima del equivalente en caballos de fuerza se volvía una inversión inútil.

Pero como fuente de fuerza espiritual el Pozo era la perla de gran precio, y Miss Buckton vendió todo lo que tenía y ofreció más que el comerciante, en tanto que la norteamericana varada en los pantanos enviaba airados telegramas exigiendo la postergación de la subasta, o, alternativamente, ofreciendo doblar el precio del mejor postor.

Pero el martillero no estaba dispuesto a aceptar esto, y así el prodigioso pozo sagrado de San José y Merlín del Grial se convirtió en posesión de Miss Buckton, quien se constituyó en su custodia, manteniéndolo en fideicomiso para todos aquellos que hicieran la peregrinación a Glastonbury.

Se mandó hacer una hermosa tapa de roble de Somerset adornada con un delicado trabajo en hierro para prevenir la contaminación del Pozo, y Miss Buckton, poniéndose una capa de lienzo azul de Welsh con hebillas de plata, explicaba a los visitantes la historia del Pozo y su simbolismo.

De vez en cuando, la prodigiosa cámara del Pozo es vaciada para que la masa membranosa de hongos de color rojo óxido pueda ser extraída, y entonces se puede bajar por una escalera hacia las misteriosas profundidades y estar donde deben haber estado los vívidos sacrificios de los druidas.

Cuando se han eliminado los hongos, la claridad cristalina del agua se vuelve evidente, y a unos cuatro metros y medio de profundidad se puede ver el lecho de granos finos de piedra caliza de donde surge el agua, helada, desde las profundidades. Entonces se revela la solidez de la mampostería, que consiste en ciclópeos bloques de piedra como los que usaron los constructores de Stonehenge y Karnak, pero colocadas y ensambladas con la exactitud de los constructores de la Gran Pirámide, y fijados mediante un cemento duro y excelente, cuyo secreto se perdió con los romanos. Tres lados de la hilada superior de

mampostería consisten en un solo bloque, una de esas piedras enormes que el hombre prehistórico era capaz de mover sin ayuda de maquinaria.

¿Quiénes fueron los constructores del Pozo? Nadie lo sabe. Probablemente pertenecían a la misma raza que manipuló las poderosas moles de Stonehenge y Avebury. Es verdad que las leyendas cristianas giran alrededor del Pozo. Pero este es mucho más antiguo que Cristo. Su origen se remonta a algún antiguo culto a la naturaleza, perdido para los hombres hace mucho tiempo.

El monasterio en sí se convirtió en una casa de huéspedes de excepcional interés. Sus actividades se centraban en la persona de su custodio, Miss Buckton, que se esforzó por expresar sus ideales a través de las muchas actividades que se realizaban allí. De estas, la más importante artísticamente fue la producción anual de Eagerheart, la exquisita y breve obra de teatro policial que hizo famosa a Miss Buckton, y que es su obra maestra. Como rara vez tomaban parte en ella actores profesionales, la producción era naturalmente desperejada, pero la falta del "toque" profesional quedaba más que compensada por la veneración y la sinceridad de los actores, lo que hizo del pequeño pueblo de West Country una Ober-Ammergau inglesa. Miss Buckton tenía el don maravilloso de utilizar lo que encontraba a mano y hacer surgir sus posibilidades artísticas latentes, y sus decorados y puesta en escena, de factura casera, eran de una belleza excepcional. Considerado en su totalidad, Eagerheart, en la producción de Glastonbury, ocupó un lugar único en el teatro inglés moderno.

Muchas personas interesantes venían al Pozo del Cáliz, y se sentían inspiradas para dar lo mejor de sí para la diversión de todos los allí reunidos, pues las puertas estaban abiertas de par en par para todos los que llegaban. Buena música, ballet clásico, obras de teatro, lecturas en voz alta, conferencias y muchas otras actividades, hicieron del Pozo del Cáliz un gran centro de interés, no sólo para sus visitantes sino también para las gentes del pueblo, que tenían con Miss Buckton, su custodio, una gran deuda de gratitud por la generosidad con la que mantenía la casa abierta para todo Somerset.

Miss Buckton también había reunido a su alrededor a un pequeño grupo de artesanos que utilizaban el más primitivo de los métodos tradicionales, tiñendo la lana virgen con pigmentos naturales recogidos de los setos de Somerset y del líquen raspado de los árboles de los viejos huertos, e hilada con el huso prehistórico en vez de la rueda medieval. Naturalmente, el valor artístico de esos productos no es igual al de las escuelas de artesanías más sofisticadas, pero no hay duda alguna de su valor humano. Era fascinante ver hervir la olla de tinturas sobre un fuego de leña en el huerto, y una madeja tras otra de lana, de alegres colores, colgando de los árboles nudosos para su secado, mientras se oía el continuo ruido sordo de los telares proveniente del granero cercano. Cosas así enriquecen el espíritu humano, aun cuando nunca dejen de vaciar nuestro bolsillo.

Alguna cerámica exótica se hizo con arcilla de la misma huerta; se usó la primitiva rueda a pedal, y dio resultados sorprendentemente buenos en manos hábiles. Todo el espíritu del diseño y decoración era primitivo y tenía un significado propio, no sólo por su encanto natural, sin afectación, sino por su psicología, pues aquí los impulsos fundamentales del espíritu humano hacia la belleza se expresaban a su manera, sin influencia alguna de las

convenciones, y el resultado era de un gran interés.

Pero aparte del valor que objetivamente tienen estas cosas hay otro de carácter subjetivo, que no puede ser calculado en oro o plata. Enriquecen el alma y traen nuevos valores a la vida humana. Miss Buckton tenía la visión que ve todo esto, y mucho se debe perdonar, por lo tanto, por las imperfecciones en su ejecución, porque es mejor que los seres humanos exploren a los tropezones cómo autoexpresarse haciendo cosas bellas, que el que los expertos lo hagan por ellos y les presenten una perfección de logro artístico que ellos no pueden comprender ni apreciar. Un trabajo de tanta habilidad enriquece al mundo de las cosas inanimadas porque así nacen nuevos objetos de belleza, pero el mundo de la conciencia humana se enriquece cuando el alma comprende nuevas ideas. La belleza debe ser trabajada desde adentro hacia afuera, no desde afuera hacia adentro. El mundo material se enriquece mediante la perfección de la técnica artística, pero el mundo espiritual se enriquece por la lucha confusa y oscura que ocurrió con la rueda a pedal de Miss Buckton y el derramamiento de su olla de tinturas.

"La capacidad de un hombre debe superar su comprensión y su control, si no, ¿para qué está el cielo?". Durante el apogeo del Pozo del Cáliz, el sueño del cielo se acercó un poco más a la tierra. "Una vez más, una piedra gira a su lugar en ese templo terrible de Tu mérito". Es mediante piedras como esas, sumadas una a una, que se construye la Nueva Jerusalén.

15-Glastonbury Hoy IV

Con la venta de la Abadía, Glastonbury pareció despertar de un largo sueño, y así empezó ese ligero movimiento de vida espiritual que obra como un fermento, con vigor cada vez mayor a medida que pasan los años. La profecía es un oficio peligroso pero podemos aventurar que la historia considerará a nuestra Jerusalén inglesa como la cuna de muchas cosas que han contribuido a enriquecer la herencia espiritual de nuestra raza.

Del mismo modo que los monjes modernos se sintieron atraídos al pequeño pueblo ubicado en los campos verdes de Westland por la leyenda de San José y el Cáliz, y que Miss Buckson sintió la fascinación de la leyenda del Grial, de igual manera otras dos personas fueron atraídas por Excalibur. Rutland Boughton, uno de los más grandes de nuestros compositores modernos, y Reginald Buckley -que, de no ser por su muerte prematura, se habría ganado un lugar entre los poetas modernos- colaboraron en la fundación de una escuela de drama musical, en el pequeño pueblo de West Country, con el propósito de hacer de este un Bayreuth en Inglaterra, así como Miss Buckton y su Eagerheart hicieron de él un Ober-Ammergau inglés.

Fue aquí donde la mejor de las óperas inglesas vio la luz por primera vez: la mística "Immortal Hour". En ella, Rutland Boughton expresa musicalmente la exquisita y profundamente esotérica leyenda céltica del hada y su amante mortal, como fue narrada por Fiona Macleod. A esto le siguió el ciclo de dramas artúricos, con libretos escritos por Reginald Buckley; y por último apareció la lúgubre tragedia "The Queen of Cornwall", adaptada del gran poema de Hardy.

Todo esto fue presentado en el Salón de Actos, de la Asamblea de Glastonbury como una obra de amor, con trabajadores voluntarios en los talleres de decorados, artesanos locales que construían Excalibur, y papel pintado que imitaba los vitrales en las desoladas ventanas del pequeño salón.

Aquí se veía la historia artística en marcha. Muchos cantantes que desde entonces se volvieron muy conocidos hicieron su debut en este escenario humilde y un poco destartado. A este lugar, donde dos veces al año tenían lugar los festivales, venían los amantes de la música desde todas partes del mundo, y durante un breve período las calles del pueblito se llenaban de artistas, de mujeres con el cabello corto y hombres con el cabello largo, todos muy vistosos y alegres en cuanto a sus ropas, y el sonido de los espléndidos coros se oía a través de las ventanas de todo tipo de lugares ocasionales que se usaban como lugar en ensayo.

Tuve el privilegio único de ver una representación de "Immortal Hour" que, planeada para adecuarse a los horarios de los ómnibus y trenes locales, empezó cerca de la caída del sol. La primera escena comenzó con la luz del día llenando el salón a través de las ventanas sin cortinas del Salón de Actos. Pero a medida que la ópera continuaba fue desvaneciéndose la luz, hasta que sólo se podían ver unas figuras fantasmales moviéndose en el escenario, y el clamor de las carcajadas de los lóbregos horrores en el bosque mágico

resonaba en la total oscuridad, iluminada sólo por las estrellas que brillaban con un extraño fulgor a través de las claraboyas del salón. Fue algo que jamás podré olvidar.

Pero, lamentablemente, la escuela de arte dramático que empezó con el delicado misticismo de "Immortal Hour" y llegó a su punto de exaltación con el noble idealismo del ciclo artúrico, terminó con el sombrío realismo de "The Queen of Cornwall". Todavía no ha llegado el momento de contar esta historia trágica. Glastonbury y la música inglesa perdieron algo muy grande, y por ello todos hemos perdido. Sería demasiado simple intercambiar reproches, y más difícil aún impartir justicia. Gracias al cielo, esa no es nuestra tarea. Todo lo que podemos hacer es lamentarnos por la belleza inmortal perdida y por un sueño que nació muerto.

La obra de Rutland Boughton condujo a la de Laurence Housman, que ha hecho su hogar en el pueblo cercano de Street, ha producido en el Salón de Actos de la Asamblea de Glastonbury su exquisito "Little Plays of St. Francis". Intimo y refrescante, con su sencillez franciscana, el ambiente primitivo del escenario de Glastonbury les venía a la perfección, y el espíritu de Ober-Ammergau de nuestro pequeño pueblo de Westland se hizo sentir de nuevo. El Hermano Juniper llevaba en carretilla las piedras de Mendip prestadas por la empresa de construcción del pueblo, y todo el mundo estaba ansioso por los postes del destartado escenario que hacían un eco atronador a cada uno de sus movimientos.

Sin duda, hay pocos pueblos provincianos que hayan tenido el privilegio de ser la cuna de tantas cosas que tienen un valor permanente en la historia artística de nuestra raza.

Llenaría muchas páginas escribir sobre los muchos artesanos-artistas de esta región. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar a algunos de ellos, no sólo porque su obra tiene un valor en el desarrollo de la artesanía inglesa, sino por la alegría del amante de las cosas y los ideales hermosos al ver las cosas que ama, como las bestias recién creadas de que habla Milton, que surgen de su tierra de origen y están ansiosas por ser libres. La tela a medio hilar en el telar, la olla de cerámica, aún caliente, recién salida del horno, son cosas que poseen una lozanía que se pierde cuando se convierten en mercancías en un negocio.

En los elevados cerros de los Poldens -donde el camino a Bridgwater sube para evitar los pantanos traicioneros de los llanos- hay un cierto lugar que suena hueco a las pisadas, porque debajo de él hay sótanos en los que un notable salteador de caminos escondía su botín. Muy cerca de este sitio está la vieja casa de campo donde él vivía. Fuera de la casa aún hoy cuelgan vellones sin elaborar, en una picota, a manera de letrero del tejedor manual cuyo telar puede oírse con su típico ruido dentro de la casa. Aquí se producen esos magníficos hilados a mano que son el placer y la alegría de los cazadores de West-Country.

En Watchett, sobre la costa del mar, se elabora una cerámica de un color gris fascinante, regordetas teteras con picos de tal solidez que sólo un martillo podría desportillarlos, lo que es una gran virtud en estos días opresivos; platos que podrían usarse -sin que corran peligro de romperse- como argumentos en las peleas familiares más virulentas, y copas y tazones decorados con suaves tonos color tierra como la cerámica hecha por los habitantes del lago, y que se encuentra en los pantanos. Una cerámica así no es para la exigente y delicada mesa

de caoba con copas de cristal tallado y mantelería fina, pero sobre la mesa de roble viejo y las alegres telas hiladas a mano es lo más fascinante que se pueda imaginar.

A muchas personas les encanta pasar sus vacaciones de verano yendo de un artesano a otro en el campo inglés y comprando ejemplos de su arte. Desdeñan los negocios, y no compran nada salvo lo que sale del taller directamente a sus manos, lleno del espíritu del artesano. Es un hobby delicioso, coleccionar artesanías adquiriéndolas directamente a los artesanos, con la idea de seleccionar cosas que las generaciones futuras podrán valorar. Napoleón, cuando enfrentaba las burlas de los demás por su falta de un árbol genealógico, declaraba que él mismo sería un antepasado; del mismo modo, quienes cultivan este amable hobby pueden afirmar que sus descubrimientos, con el tiempo, se convertirán en antigüedades. ¡Cuánto mejor es estimular al artesano mientras está vivo que al martillero del futuro!

¡Y qué gentes tan agradables son quienes hacen su sueño realidad mediante el trabajo de sus manos! Hay una cualidad espiritual en las cosas hechas a mano que está ausente en el producto industrial, por más bueno que sea su diseño, pues el hombre que crea con sus manos lo que él mismo ha planeado, impregnando a ese objeto con sus sueños y los muchos sacrificios que hace por su arte, dándole lo mejor que tiene, no puede menos que amarlo cuando lo termina; las manos humanas calientan y amoldan ese objeto amado, infunden alma en él, y este se llena de una vida propia. Ese objeto tiene una marcada personalidad, y las personas sensibles y compasivas tienen conciencia de ello. Los antiguos hacían amuletos, con ceremonias, y destruían cuidadosamente los instrumentos del crimen porque conocían esta curiosa propiedad de los objetos inanimados que han establecido un contacto íntimo con el alma humana. En medio del apuro de la vida moderna -pues raramente tocamos algo hecho a mano- nos hemos olvidado de este secreto, como de muchos otros que conocían los antiguos. No obstante, en esto reside la fascinación que ejerce en nosotros una artesanía; pues las cosas que hace el artista-artesano están vivas, son amistosas, nos acompañan y nosotros las amamos, sin saber por qué. Tal vez algo del alma del artista se haya empleado en su creación; no son materia inanimada sino gnomos, hadas y duendes que, como los juguetes en el cuento de Hans Andersen, hablan entre ellos cuando ningún humano los oye.

En Wells se hacen excelentes iluminaciones, así como grabados en boj; y en Clevedon hay hermosos hilados de seda y lana y lino teñidos con tinturas vegetales. .

Glastonbury, entre sus viejos robles, tiene fabricantes de muebles artesanales, hechos a mano, entre ellos esas curiosas sillas que parecen tan duras y son tan cómodas, construidas según el modelo de una silla que vino de la Abadía: son macizas, no tienen ni un solo clavo en ellas, se desarman y embalan extendidas y se vuelven a armar de nuevo con espigas y cuñas.

Glastonbury es realmente rica en las cosas del espíritu humano, en sus sueños e ideales. Ha inspirado a los creadores de muchas cosas hermosas e inspirará a muchos más, pues su mensaje a la humanidad no ha terminado aún de darse. Mucho más aún verá la luz en la amada Isla de Avalon, entre nuestros campos de Westland.

16-La Puerta de la Memoria

De todos los extraños sucesos relacionados con Glastonbury, tal vez los más curiosos sean los narrados en dos libros que marcaron una época en la investigación psíquica: "The Gate of Remembrance" y "The Hill of Vision". Mr. Bligh Bond, muy conocido como arquitecto y restaurador de iglesias antiguas, había sido nombrado curador de las ruinas de la Abadía al ser compradas por la Iglesia de Inglaterra en aquella famosa subasta. Mr. Bond se interesaba en la investigación psíquica, y un día estaba sentado con un psíquico amigo, practicando escritura automática, cuando la entidad comunicadora empezó a narrar las antiguas glorias de la Abadía de Glastonbury y, afirmando ser el espíritu de uno de los monjes conectados con esa institución, expresó sus opiniones utilizando el anglosajón, así como un latín macarrónico y una intrincada escritura.

Entre otras cosas, mencionó capillas laterales, especialmente una detrás del santuario, de la cual no se había conservado ningún registro en ningún documento conocido. Dio medidas exactas, como las que proporcionaría un arquitecto, y los experimentadores se sintieron tan intrigados que Mr. Bligh Bond, -quien gracias a su nombramiento tenía acceso a las ruinas de la Abadía- se puso a excavar en búsqueda de las capillas desconocidas descritas por el monje que se había comunicado a través de la mano de su amigo.

Y efectivamente, las encontró, y eran exactamente como habían sido descritas. No sólo encontró una capilla, sino varias más, ya que" noche tras noche el monje respondía a las preguntas, en su bárbara jerga.

Estos son los curiosos experimentos y sus resultados que están registrados en ese libro tan fascinante, "The Gate of Remembrance"; y en "The Hill of Vision" se hacen algunas profecías muy interesantes en relación con la Guerra, que desafortunadamente probaron ser ciertas.

La publicación de estos libros atrajo la atención de la gente hacia el pequeño pueblo de West-Country, que ya estaba volviéndose conocido por su festival de música y el trabajo de Eagerheart en su hostería del Pozo Sagrado. Todo esto, a uno le trae a la memoria el gran circo de tres pistas que funcionaban al mismo tiempo, y al pobre chico que se volvió bizco en su empeño por no perderse nada. Al respecto, también algunas de las Bab Ballads son oportunas, pero para mantener la paz me abstendré de mencionar cuáles.

Las comunicaciones de diferentes entidades continuaron, y sus revelaciones fueron confirmadas por las excavaciones. No sólo siguieron llegando a través del médium antes mencionado, sino también de otros médium s, entre ellos un hombre muy conocido en los círculos literarios de Estados Unidos, y esas revelaciones también fueron confirmadas por las excavaciones. Una vez tuve el privilegio de leer una parte de esa escritura automática, a la noche, caminar con Mr. Bond hasta la Abadía a la mañana siguiente, ver las clavijas puestas en el césped intacto entre las raíces de árboles antiguos, y el pico de los excavadores golpeando la tierra, todo en menos de veinte minutos. El lugar se encontraba exactamente donde estaba indicado. No se perturbó ni una pulgada de terreno sin necesidad, El foso, bien definido, señalaba la antigua capilla.

Los escépticos dicen que Mr. Bond tenía acceso a manuscritos desconocidos, pero nadie ha demostrado su existencia, y el trabajo de Mr. Bond en los cimientos de la Abadía es una de las cosas más probatorias en la investigación psíquica moderna. También se hicieron trabajos interesantes con la varilla, buscando metales preciosos; pues estaba escrito en los antiguos registros que cuando se vieron ante la amenaza de un ataque de los daneses, los monjes habían enterrado los tesoros y luego olvidado dónde los habían puesto. Dos rabadomantes, trabajando en forma independiente, y sin saber nada del trabajo del otro, encontraron los mismos metales en los mismos lugares y aproximadamente a la misma profundidad.

Tuve la interesante experiencia de observar cómo trabajaba uno de ellos. Era una señora culta, y para ella la adivinación de las corrientes de agua era un hobby. En vez de una varilla de avellano utilizaba un artefacto muy moderno, una vara tubular, hueca y en forma de Y, colocada en un manubrio de bicicleta para poderla mover más fácilmente, y equipada con un ciclómetro que contaba los giros que hacía. De este modo no podía hablarse de manipulación, pues la vara giraba en forma suelta en el manubrio, que estaba fijo. La razón de este artefacto se debía al hecho de que las manos de la adivinadora solían llenarse de llagas debido al rápido girar de las ásperas varas de avellano que había utilizado al principio cuando descubrió que tenía ese don. Cuando buscaba metales preciosos llevaba - en la mano un pedazo del metal que buscaba, plata u oro, según fuera el caso, y mientras pasaba sobre el lugar donde ese metal estaba oculto, la vara se movía en forma sensible.

Ella juzgaba a qué profundidad estaba el tesoro escondido, según la cantidad de revoluciones que hacía la vara, de ahí la razón del ciclómetro.

La que esto escribe intentó utilizar la vara, pero sin resultados, hasta que la rabadomante, caminando detrás de ella, la tomó de los codos, y entonces corrió por sus brazos una corriente de electricidad tan fuerte que era decididamente desagradable, y la vara empezó a tironear y sacudirse, aunque sin dar darse vuelta.

Todos estos sucesos, aunque eran muy interesantes para quienes no tenían responsabilidad alguna en ellos, alarmaron naturalmente a los tranquilos clérigos, y los síndicos de la Abadía empezaron a ver con malos ojos a Mr. Bligh Bond y sus actividades, y después de mucho rencor y celos de ambas partes, la relación de Mr. Bond con la Abadía llegó a su fin. Aún se sigue debatiendo si se debe considerar que Mr. Bond abusó de la confianza de los síndicos, y que estos habían criado a una víbora en su seno, o si los síndicos fueron patos que incubaron a un cisne.

Antes de pasar a otro tema, se puede mencionar, tal vez, otro asunto interesante, aunque no relacionado directamente con la Abadía. La hija de Mr. Bond, quien nunca había recibido entrenamiento alguno en dibujo, empezó repentinamente a hacer dibujos automáticos. No se trataba de los acostumbrados y confusos esfuerzos de los así llamados automatistas, sino notables estudios de desnudos, que recordaban en su detallada precisión los bocetos de Leonardo da Vinci. Los hacía con extraordinaria rapidez, sin ningún modelo o conocimiento, y sin volver a dibujar ni una sola línea. ¿Cómo pudo una joven muchacha llegar al conocimiento del dibujo de los músculos de la forma humana, que era un estudio

tan intrincado? Los escépticos aquí tenían un nuevo problema para resolver.

Pero aunque las figuras que esta joven dibujaba era anatómicamente exactas, estaban lejos de ser humanas. En sus páginas volaban y se contorsionaban extrañas formas etéreas de espíritus de la naturaleza y de demonios con ojos misteriosos como zafiros estrellados.

Las paredes de la casa de campo que ocupaban Miss Bond y su padre en el camino de Shepton Mallet estaban cubiertas con estas extrañas figuras, una galería de cuadros de lo más maravillosa, hasta que el inquilino entrante, escandalizado, los exorcizó con una capa de pintura.

Esta joven fue visitada también por extrañas experiencias psíquicas a la sombra del Peñasco, y las ha contado en un libro notable, "Avernus", notable por los registros psíquicos y por su calidad literaria.

Cosas extrañas le han sucedido a más de una persona a la sombra del Peñasco.

17-El Hallazgo del Cáliz

Hace algunos años, antes de la Guerra, hubo un suceso que fue alentado en los diarios, por extensas columnas y muchas cartas, respecto del hallazgo de un supuesto Cáliz en Glastonbury en circunstancias misteriosas. Se decía que una muchacha virgen, llevada por un sueño, había descubierto en un pozo sagrado una copa antigua que se creía que era el Grial. Este extraordinario incidente ya llevaba nueve días de debate en los medios, cuando llegó una carta escrita por un respetable caballero diciendo que la copa era de su propiedad, y que él mismo la había colocado donde había sido encontrada. Así que todo el asunto se desinfló, y los diarios que se ocupaban de exagerarlo cambiaron rápidamente de tema.

Los verdaderos acontecimientos de este incidente, en la medida en que pudieron ser comprobados -pues la gente es muy reservada con estas cosas-, son muy interesantes y curiosos. La historia comienza con la visita de cierto hombre a Génova durante sus vacaciones. Su padre era un experto en cristales, y el hijo tenía la costumbre de comprar objetos de este tipo para él, y de enviarlos a su casa desde el extranjero. Al visitar a un anticuario, este le mostró una especie de plato de diseño arcaico, y le dijo que había sido descubierto recientemente dentro de la mampostería de la capilla de un convento de monjas que había sido demolido. El hombre compró el plato a un precio muy razonable, y lo despachó a Inglaterra. A vuelta de correo una carta de su padre le decía: "Realmente no te imaginas lo que me has enviado".

La muerte del padre ocurrió, sin embargo, antes de que el comprador de la misteriosa fuente volviera a Inglaterra, así que nunca supo lo que el viejo experto en cristales podría haberle dicho al respecto.

No obstante, poco después de su regreso empezó a sentirse perturbado por un sueño recurrente que lo instaba, e incluso le ordenaba, bajo amenazas, a que llevara esa antigua pieza de cristal a Glastonbury y la colocara en un cierto pozo que le sería indicado. Finalmente, tan profundo fue el efecto que este sueño le produjo que hizo lo que se le pedía. Tomó el tren a Glastonbury, colocó el plato debajo del nivel del agua en un viejo canal en el campo cerca de la estación donde, bajo un antiguo espino, viene a beber el ganado, y volvió a su casa con el corazón aliviado, sin contárselo a nadie,

Pero el asunto no termina aquí. Poco después, otro hombre -que se dedicaba a la búsqueda de conocimiento místico- empezó a tener un sueño recurrente en que se le decía que llevara a una virgen pura a Avalon, y que en un lugar que le sería revelado ella iba a encontrar el Santo Grial. Obedeciendo esta indicación, persuadió a su prima a que lo acompañara y, como se lo habían señalado, fueron directamente al pozo de Santa Brígida, el pequeño manantial protegido por una construcción de piedra cerca de la ermita de Beckary, el viejo montículo en medio del pantano. Allí buscaron la alberca, pero no la encontraron.

Desilusionados y desalentados, volvieron para pasar la noche en la posada, con la intención de regresar a la ciudad al día siguiente. Esa noche, la joven tuvo un sueño. Se

levantó en la oscuridad, antes del amanecer y fue nuevamente hasta el pozo. Después de sacarse la ropa al abrigo de los espinos, se introdujo en la alberca y tanteó en el lodo, buscando lo que había sido prometido. Casi al primer intento su pie dio con algo, y del barro extrajo un plato de aspecto extraño, de un vidrio tosco y de color azulado, con pequeñas cruces incrustadas en la materia. Este curioso plato fue mostrado luego a las autoridades en cristal antiguo, y estas afirmaron que era un cristal hecho en Siria al comienzo de la era cristiana, o una muestra de las reproducciones de este cristal sirio hecha en Venecia en el siglo XIV. En cualquier caso, se trataba de un objeto raro y precioso.

La mala suerte quiso que los medios se enteraran de este incidente, lo alteraran de modo que quedó "patas para arriba", y lo proclamaron a los cuatro vientos; la credulidad prematura y la mucha exageración fueron seguidas por un rechazo y un escepticismo igualmente prematuros.

Sin embargo, cuando reunimos las dos partes de este curioso episodio y lo ponemos al derecho, algo que los medios nunca lograron, nos preguntamos, ¿qué sentido tiene? Personas cuya buena fe está más allá de toda duda han sido testigos y garantes de estos hechos.

En estos días, el misterioso Plato es venerado en un pequeño santuario hecho en su honor por quienes hoy son sus dueños.

18-Avalon y la Atlántida

Cuando los romanos llegaron a Gran Bretaña encontraron unas tribus salvajes que vivían en espesos bosques, en aldeas protegidas por empalizadas. Estas tribus no poseían caminos, excepto los senderos peligrosos que conducían de un pueblo a otro a través de los pantanos. No obstante, los romanos no fueron los primeros constructores de caminos en Gran Bretaña. Por las tierras altas estaban los caminos de una antigua civilización que había desaparecido y había sido olvidada mucho tiempo antes de que los romanos conquistaran las Islas de Estaño.

Lo que, para nosotros, hoy son las ruinas romanas lo mismo eran esos antiguos senderos para los romanos. Dondequiera que la espesa turba de la creta desafiaba a los árboles, allí estaban los rastros de una civilización antigua, organizada, y de enormes proporciones. Testigos de ello son sus caminos, sus defensas, sus lagunas de agua pura, y lo más prodigioso de todo, sus gigantescas Piedras Erguidas, que hasta el día de hoy son llamadas Piedras Sarsen por los lugareños. Los etimólogos nos dicen que la palabra Sarsen es una modificación de Sarraceno o forastero. ¿Quiénes eran los forasteros que erigieron esas grandes piedras?

La historia no puede decírnoslo, pues sus registros no llegan más allá del alba de nuestra civilización. Pero el ocaso de otra civilización existió antes de ese amanecer. Puede que la historia la ignore; puede que el conocimiento popular, el saber de la raza, se mueva en círculos; no obstante, los vestigios permanecen. Las grandes piedras en las tierras altas y los verdes y sinuosos senderos a través de la creta son testigos de las obras de un pueblo antiguo que desde hace mucho tiempo se ha dormido. Hay tradiciones más ancestrales que la tradición popular, que el saber de la raza, que hablan de una Edad Dorada en la que los dioses caminaban con los hombres y les enseñaban las artes de la civilización. Pero incluso estos dioses no fueron las primeras cosas creadas; tenían antecesores: gigantes a los que derrotaron y cuyos reinos tomaron por la fuerza. Estos dioses de las rocas, los más antiguos y terribles, fueron los primeros seres creados.

Por todas partes encontramos este relato sobre una raza antigua, este mito de los dioses que hicieron los dioses en la débil luz crepuscular del alba de las edades.

Pero hay otra historia que la acompaña: la historia de la tierra sumergida y la civilización perdida. La inmemorial tradición de Caldea posee esta historia, y las canciones de nuestra tradición céltica están llenas de ella. Para nosotros se trata de la tierra perdida de Lyon; las campanas de sus iglesias se pueden oír resonando en el Atlántico más allá de la costa tormentosa de Cornwall, donde la oscura figura de Merlín se mueve a través de la bruma de la leyenda, una figura que desconcertaba incluso a los creadores de las canciones que hablaban de su poder y sabiduría. Ellos no sabían quién era Merlín ni de dónde venía.

Merlín era el tutor y maestro de dos niños, Arturo Pendragon, Rey de Gran Bretaña, y Morgan le Fay, la sombría Lilith de nuestra leyenda, identificada a veces con la Dama del Lago, y de quien se afirmaba que era medio hermana de Arturo. ¿Y quiénes eran Merlín,

con su profunda ciencia, yesos dos niños a los que enseñaba: el hada de padres no humanos, y Arturo, a quien el mago crió según alguna ciencia secreta, sin consideración alguna por la ley de los hombres?

Aquí hay muchos hilos que nunca han sido desenredados y vueltos a tejer. ¿Existe una pista que pueda revelar el significado de estas fábulas antiguas y justificar su sabiduría, o debemos rechazarlas como vanas fantasías urdidas para entretener las largas horas de oscuridad alrededor del fuego de las tribus de Gran Bretaña? Es posible desechar las fábulas, pero no podemos desechar las grandes piedras en las tierras altas, ni los antiguos caminos que existen entre ellas.

He aquí, entonces, otra fábula, para agregar a la fantasía de hadas urdida sobre los antiguos días del crepúsculo de nuestra raza.

Los sacerdotes egipcios, herederos de una tradición de la máxima antigüedad, le hablaron a Platón de una civilización más antigua aún, de la cual ellos mismos descendían. Se referían a un continente perdido hacia el Oeste, sumergido en las aguas del Atlántico. Los antiguos aceptaron estas afirmaciones como un hecho incuestionable; le tocó a las épocas siguientes ponerlas en duda, y rechazarlas por fin como un mito.

Pero ¿han sido finalmente rechazadas? Cada vez más, se oyen opiniones que se inclinan a considerar el perdido continente mítico de la Atlántida como la solución de muchos problemas de la prehistoria. La información sobre la cual se basan las pruebas y las conclusiones que se han extraído de ellas se pueden encontrar en muchos libros. No voy a demorarme en ello aquí, pues no es pertinente al tema. No obstante, indican que el patrón en el que he unido los fragmentos de leyenda que yacen sepultados en "la tierra más sagrada de Inglaterra" no carece de justificación.

¿Cuál es entonces mi teoría, para sumaria a la innumerable cantidad de especulaciones que ya existen? Empecemos por el principio, como dicen los niños cuando les van a contar un cuento. Contemos algo de la fábula de la Atlántida Perdida, y veamos si tiene alguna relación con nuestra tradición isleña de Merlín y Arturo y la sumergida tierra de Lyon.

Desde el centro del océano Atlántico hasta lo que hoy es América Central –así dice la tradición- se extendía un gran continente en el que vivía la Raza Fundamental que sucedió a los lemurianos, y que precedió a la nuestra. Había una gran civilización, desarrollada con ayuda de los dioses, quienes entonces vivían entre los hombres. Esta civilización construyó la prodigiosa Ciudad de las Puertas Doradas, respecto de la cual existe una tradición en todas las razas. Esta ciudad, así se afirma, se levantó en las flancos de un volcán apagado sobre la costa marítima de este antiguo continente. Detrás de esta ciudad había una llanura que se extendía hasta la cadena de montañas del interior de dicho continente. Ese volcán era una montaña aislada y piramidal, con la forma de un cono truncado, y uno de sus lados, el lado interior, daba a un precipicio. En la base había una enorme confluencia de chozas de junco en las que vivían los sectores más pobres. Cerca de la cima vivían las castas de comerciantes y artesanos, y sobre la cima estaban los palacios y escuelas del clan sagrado, que se dividía en dos ramas: la casta militar y la sacerdotal.

Este clan sagrado estaba cuidadosamente separado del resto de la población, y la crianza de sus niños se llevaba a cabo bajo la supervisión de los sacerdotes. Tan pronto como los hijos varones de este clan llegaban a una edad en la que demostraban cuál era su inclinación, aquellos que tenían las condiciones necesarias eran llevados a los colegios sagrados para ser preparados para el sacerdocio, y quienes no tenían condiciones para esto eran enviados a los colegios militares para ser entrenados en el ejército. Las doncellas del clan sagrado eran custodiadas con el mayor de los celos, y dadas en matrimonio a sacerdotes o soldados, según su estirpe y temperamento. De este modo, la herencia del clan se mantenía pura, y se criaba a un grupo selecto para el desarrollo de esos raros poderes de la mente que eran tan valorados entre los antiguos y tan poco comprendidos entre nosotros: los poderes que permitieron a griegos y egipcios descubrir las bases de la astronomía moderna, la teoría atómica de la química y la estructura celular de la materia orgánica, sin la ayuda de ninguno de los instrumentos por cuya invención la ciencia moderna ha tenido que esperar para poder desarrollarse.

Los habitantes de la Atlántida, dice la tradición, eran grandes navegantes, y llevaban a cabo su comercio desde el Mar Negro hasta el océano Pacífico; también eran grandes colonizadores, y dondequiera que establecían sus colonias llevaban sus sacerdotes y sus altares. Adoraban al Sol, así como al Señor y Dador de Vida, en templos circulares abiertos, que tenían pisos de mármol y basalto. Estos seres eran de una estatura gigantesca, y poseían el conocimiento que les permitía utilizar la fuerza latente para germinar semillas como fuerza motriz. Su arquitectura era de carácter ciclópeo: grandes bloques de piedra tallada que ningún hombre primitivo podría haber levantado.

Pero ¿qué tiene que ver nuestra Avalon con esta historia? ¿Existe alguna posibilidad de que en las leyendas de Merlín y las tierras sumergidas de Lyon estemos aludiendo a la historia de la Atlántida? Los habitantes de esa isla, dice Platón, eran grandes marineros y colonizadores. ¿Hay alguna posibilidad de que Avalon, con su corriente oculta de leyendas paganas, fuera originalmente una colonia de la Atlántida? ¿Es posible que Merlín fuera uno de esos seres -un sacerdote iniciado-? ¿Y que al presidir el nacimiento de Arturo estuviera siguiendo la costumbre de ese pueblo, de criar a los reyes en la sabiduría? A fin de introducir la conciencia más elevada de la raza de la Atlántida en las tribus célticas de la isla colonizada, ¿pudo Merlín, desafiando las leyes estrictas del clan sagrado y persiguiendo sus propios fines, cruzar la raza de la Atlántida con la céltica, y así engendrar a Arturo? ¿Y fue Morgan le Fay, la medio hermana de Arturo, la hechicera sabia en todas las ciencias, con su nombre derivado de la palabra céltica que significa mar, una descendiente de pura sangre de la raza de la Atlántida, una hija de ese pueblo marino, nacida en Inglaterra?

Las leyendas de Gales están llenas de historias de tierras sumergidas; y Lyon, que estaba más allá de la costa de Cornwall, es una tradición de los celtas de esta región. ¿Es posible que estas tierras sumergidas sean la Atlántida Perdida? ¿Acaso los celtas aprendieron de los audaces navegantes de esa antigua civilización que vinieron a comerciar y se establecieron entre ellos como colonos? En este sentido, es notable que la peculiar combinación de consonantes, TI, que ocurre en la palabra Atlántida, sea muy característica de las lenguas de los aborígenes de Centroamérica, y que un sonido similar exista en la LI inicial del lenguaje galés, que se pronuncia como un clic gutural.

También es notable que la difusión de las leyendas artúricas se corresponda con la distribución de las piedras erguidas del antiguo culto al Sol.

¿Acaso debemos los Caminos Verdes de Inglaterra, que siguen una sinuosa ruta sobre la creta, a esta antigua raza de navegantes que colonizaron la mitad sur de Gran Bretaña y establecieron sus factorías a lo largo de la costa oeste de Escocia? ¿Fueron ellos quienes elevaron las piedras ciclópeas, que se parecen tanto a las que se encuentran hoy erguidas en las selvas vírgenes de América Central?

La veta de psiquismo que corre por las venas de la raza céltica, ¿se debe a la sangre de la raza de Atlántida introducida por los audaces experimentos de Merlín, el iniciado atlántico que había decidido compartir su suerte con los pueblos isleños después de que su propia raza se hundió en el mar?

Podemos referirnos aquí a otra cosa curiosa y dejar que el discernimiento del lector juzgue su valor e importancia. Quienes han visto el famoso Peñasco de Glastonbury, sobre el cual se centran tantas leyendas, siempre se sienten perplejos al tratar de decidir si es algo natural o artificial. Su forma de pirámide que se levanta en medio de una gran llanura, parece casi demasiado perfecta para ser verdadera, demasiado apropiada para ser obra solamente de la Naturaleza. Visto desde cerca, se puede advertir claramente un sendero que serpentea en tres niveles alrededor del cono del Peñasco, y esto es indudablemente obra de seres humanos. ¿Quiénes eran los que rendían culto a los dioses en esas alturas y subían hasta ellos mediante una ruta procesional?

Es bien sabido que a los antiguos les encantaba construir sus ciudades coloniales según el mismo plan de la ciudad madre en la tierra de donde venían. ¿Es posible que nuestro extraño cerro piramidal, con su cima truncada y su flanco hacia tierra adentro, tan escarpado como pueda concebirse, pueda haber sido modificado, esculpido, por así decir, por manos humanas, y adquirido ese aspecto en recuerdo de la montaña sagrada de su tierra natal? Acá y allá, en la llanura hay cerros redondeados, aún llamados islas por los lugareños; cerros que no son de roca sino de piedra de arcilla, dejados allí por alguna contracorriente del Severn antes de que las arenas del lógamo hubieran angostado su canal. No sería difícil acometer un montículo de arcilla de este tipo y, sin más herramientas que picos y cestas, modelarlo según una forma deseada.

La tradición afirma que el Peñasco fue realmente un lugar supremo del antiguo culto al Sol, y que alguna vez se erigió en su cima un círculo de piedras como un Stonehenge en miniatura. Estas piedras fueron derribadas cuando el culto al Hijo reemplazó el culto al Sol, pero las fuerzas generadas en ese lugar, sagrado para los ritos de una raza antigua, eran tan fuertes, que hubo que erigir una iglesia dedicada a San Miguel a fin de mantener dominadas las oscuras influencias del culto pagano. Estas iglesias a San Miguel construidas en las cimas de los cerros, que por cierto no pueden haber sido erigidas para comodidad de los feligreses, son características de las regiones donde es sabido que floreció el antiguo culto al Sol. Las leyendas de Arturo, las piedras erguidas y las iglesias a San Miguel en la cima de las colinas parecen ir juntas.

San Miguel es siempre representado pisando una serpiente; es el arcángel poderoso del sur en los conjuros mágicos, y al sur se le asigna el elemento fuego. Aquí tenemos nuevamente un curioso eslabón. Los naturales de la Atlántida adoraban al Sol, y el fuego es el símbolo terrenal del Sol. Su punto cardinal sagrado es el Sur, así como el punto cardinal sagrado de la cristiandad es el Este. La serpiente es un símbolo de dos cosas: de la sabiduría y del mal. ¿Puede ser que la serpiente, en su aspecto dual, represente la antigua sabiduría de una raza más antigua, una sabiduría que cayó en la corrupción, y por lo tanto, mala para una fe regenerada, y sin embargo, a pesar de ello, que sea una fuente del conocimiento más profundo?

Miguel, el santo cristiano, es miembro de una jerarquía más antigua; es el poderoso regente del elemento fuego. ¿A quién sino a él deberíamos implorar para dominar a la serpiente del culto al fuego, que ha caído en la decadencia?

No han quedado piedras erguidas en el Peñasco; pero la tradición sostiene que fueron despedazadas y utilizadas en los cimientos de la Abadía; y, realmente, en esta se han encontrado piedras que no fueron cortadas de las rocas del lugar y que son de una dureza tal que vuelve inútiles las herramientas de los albañiles locales. ¿Acaso se trata de los fragmentos de los antiguos sarsens, las Piedras de los Forasteros, que utilizaron para sus templos la poderosa piedra, de una extrema dureza, que ocurre en la creta donde los silicatos se han mezclado con la arena, y que forman los "Carneros Grises" de muchas tierras altas de pastoreo?

Sea que la tradición diga la verdad o no, existe al pie del Peñasco una fuente prehistórica erigida con los mismos bloques ciclópeos que usaron los constructores de Stonehenge, los de Karnak, y los de los templos sepultados de Mayas y Toltecas. En la cámara de la fuente está el nicho para el sacrificio humano, el sacrificio de agua de un pueblo marino; y se afirma que fue el amor de los atlantes por el sacrificio humano y la magia negra más baja lo que produjo su caída y llevó a su tierra a la destrucción. Donde la Atlántida se hundió está el golfo más profundo de todos los mares, un abismo no medido aún hasta hoy; y sobre él flota el Mar de los Sargazos, una isla inmensa de algas, tan densa que las gaviotas se posan sobre su superficie y los buques cambian de rumbo para evitarla.

Todo esto no es historia sino especulación; no es investigación sino la creación de un mito moderno. Pero de pie, a solas, en la cima del Peñasco, cuando el Lago del Prodigio se cierra casi completamente sobre ella, uno no puede dejar de recordar el fin de la Atlántida Perdida.

19-la Visión de Avalon

La atmósfera de Glastonbury es como una fuga con la trama de muchas melodías que la recorren, en la que en un momento una de ellas surge a la superficie, y luego otra, y otra aún, pero todo el tiempo todas están presentes tejiendo un trasfondo de armonía sobre armonía con el motivo del momento.

Es este intrincado contrapunto de la atmósfera de Glastonbury y el que ha desconcertado a mucha gente. Pues Avalon no puede ser reclamada por secta alguna como su santuario privado. No pertenece ni al artista ni al anglicano; ni al psíquico ni al pagano. Todos ellos tienen su parte en Avalon, y ninguno puede negar a los demás.

No es por su trascendencia histórica que hoy Glastonbury es importante para la vida espiritual de nuestra raza. Hay muchos lugares muy ricos en historia y leyenda, pero no son "la tierra más sagrada de Inglaterra". Glastonbury es un volcán espiritual donde el fuego que existe en el corazón de la raza británica brota en forma de llamas hacia el cielo.

Hay épocas en la historia de las razas en que las cosas de la vida interior suben a la superficie y encuentran expresión, y a través de estos desgarramientos del velo la luz del santuario fluye y se derrama. Hacia ellos miramos cuando buscamos inspiración. Raras veces es Glastonbury rica en estas cosas. Aquí encontramos reliquias sagradas de muchos lados de la experiencia del alma. Aquí está el pasado profundo, remoto, de nuestra raza. A través de los valles de Avalon se mueve, invisible, un espectacular desfile en interminable procesión. La oscuridad antes del alba es penetrada por la magia de Merlín, el atlante. Los hombres oscuros y primitivos de la frontera pasan de largo, con sus ojos feroces centelleando por debajo del cabello enmarañado. Detrás vienen los druidas, con sus hoces doradas, vestidos con túnicas blancas, sosteniendo el muérdago sagrado y seguidos por los cautivos apresados en las batallas, destinados al sacrificio en el nicho del Pozo Sagrado. Luego viene la figura inclinada de San José, solitaria y frágil, sosteniendo el Cáliz. Al trote de su caballo aparece el rey Arturo, hombre poderoso en su fuerza, con la cruz de cristal en el cuello, -que le fue dada por la Madre de Dios en Beckery- y Excalibur en la cintura. Ginebra cabalga a su lado en toda su belleza, con su cabello dorado flotando sobre los hombros. Aún no ha llegado el momento en que la trenza cortada de raíz descansa en el desolado ataúd de la reina deshonrada, sepultada no al lado de su esposo, sino a sus pies. Detrás de ellos viene la Dama del Lago, vislumbrada como si la viéramos a través de aguas profundas, esperando el momento en que Arturo vuelva a ella después de su última batalla, transportado en la barcaza negra, observado por las reinas llorosas, y en que Excalibur retorne a sus manos, y los hombres la pierdan para siempre.

Y después de todos ellos, van tres doncellas vestidas de blanco, y entre ellas una gloria, un esplendor que no proviene de un fuego terrenal -una gloria desaparecida hace mucho tiempo de entre los hombres, debido a la maldad de estos- llevada a la ciudad celestial de Arrás, dicen algunos, o enterrada en los verdes campos de Glastonbury, según otros.

Luego el sueño se desvanece y comienza la memoria. Todo el espléndido desfile de la Inglaterra medieval pasa a nuestro lado mientras miramos a Avalon en el espejo del tiempo.

*A veces un tropel de alegres doncellas,
Un abad sobre un cojín que se desplaza,
A veces un joven pastor de cabello ondulado,
O un paje de largos cabellos vestido de color grana
pasa a nuestro lado hacia la encumbrada Camelot;
y a veces, atravesando el espejo azul
Los caballeros vienen cabalgando de dos en dos...*

Sir Lancelot, buscando una cosa, y Sir Galahad otra, aún vienen a Avalon.

A través del espejo mágico se mueve sinuosamente la larga procesión: los humildes anacoretas, ardiendo con loco fervor, los sabios y piadosos benedictinos, cuyos grandes abades constructores embellecieron los campos ingleses; y, por último, un hombre viejo atado a una rastra tirada por un caballo; y después de eso, torres caídas, iglesias sin techo y oscuridad.

Excalibur ha vuelto al corazón de las aguas. El Grial se ha ido a su propio lugar, el templo que no fue hecho con las manos, eterno en los cielos. Las paredes de la Abadía han caído. El desfile ha terminado.

El sueño se desvanece y vuelve la luz del día. El canto de los gallos en granjas lejanas, el ladrido de los perros, el balido de los corderos, el olor a turba quemada mezclado con el perfume de las flores de manzano... todo esto hace que la primavera de Westland fluya y atraviere los cinco sentidos.

Pero permanece el recuerdo de otras cosas. ¿Qué cosas hermosas no tendríamos si revivieramos la antigua costumbre de la peregrinación a los lugares santos en las fiestas sagradas? Hay mareas en la vida interior, y en la cresta de su oleaje estamos muy cerca del cielo. Hay veces en que las poderosas mareas de lo Invisible fluyen con fuerza desde arriba hacia la tierra, y también hay lugares sobre la superficie en los que los canales están abiertos y esas mareas llegan con la totalidad de su poder. Esto era conocido por los antiguos, que tenían mucha sabiduría que hemos olvidado, y ellos aprovechaban tanto las épocas como los lugares, cuando buscaban despertar la conciencia superior.

Cada raza tiene sus centros sagrados, lugares donde el Velo es tenue; estos sitios fueron desarrollados por la sabiduría del pasado hasta que en ellos se engendró una poderosa atmósfera espiritual, y la conciencia pudo fácilmente abrirse a los planos más sutiles, aquellos en que los Mensajeros de Dios podían contactarla. Las piedras erguidas de un olvidado culto al Sol siguen en pie en muchos ámbitos de nuestras islas, y toda alma sensible podrá sentir la atmósfera de antiguo poder que aún existe en ellas, ya sea el aura manchada de sangre de Stonehengee o el resplandor vibrante, solar, de Avebury.

No se debe olvidar que existe una Tradición de Misterio que pertenece a nuestra raza,

tradición que tiene su aspecto de naturaleza en el culto al Sol de los druidas y en la hermosa tradición mágica de los celtas, su aspecto filosófico en las tradiciones de la alquimia, y su aspecto espiritual en la Iglesia Oculta del Santo Grial, la Iglesia detrás de la Iglesia, que no fue hecha con las manos, eterna en los cielos. Todas tienen sus lugares sagrados, sus montañas, y sus albercas de iniciación, que son parte de nuestra herencia espiritual. Que aquellos que siguen el Camino Interior estudien nuestra tradición autóctona y vuelvan a descubrir y santificar sus lugares sagrados; que hagan peregrinaciones a esos lugares en las ocasiones en que el poder desciende y las fuerzas espirituales se precipitan sobre ellos como la marea en un estuario, y "cada arbusto común arde con Dios". Que velen en los altos sitios, cuando fluyen las mareas cósmicas, los Poderes de lo Invisible cambian la guardia y los rituales de la Iglesia Invisible se realizan cerca de la tierra.

20-El Cáliz y el Grial

Antes de emprender la búsqueda del Santo Grial, los caballeros del Rey Arturo recibían el Sacramento del Altar. Si consideramos este punto cuidadosamente, que es como debemos juzgar todos los elementos de una historia mística, veremos que en él existe mucha materia de reflexión. ¿Por qué aquellos que podían recibir el Cáliz en el altar, debían buscar también el Grial? ¿Qué más tenía el Grial para dar que lo que podía otorgar el Cáliz? La leyenda nos señala una interpretación mística de la Eucaristía. Nos muestra que, a fin de hacer de nuestra comunión una experiencia espiritual, tenemos que hacer algo más que presentarnos arrodillados ante el altar y recibir en nuestras manos una copa bendecida por el sacerdote; debemos salir en una búsqueda personal y encontrar para nosotros mismos la verdadera Copa de la cual Nuestro Señor bebió el vino de la vida. De ninguna otra manera podrán las potencialidades del Cáliz convertirse para nosotros en la realidad de la experiencia mística.

El Grial es el prototipo del Cáliz, y es del Grial que el Cáliz extrae su validez. Si no hubiera habido una Última Cena, no podría haber habido ninguna Eucaristía. No obstante, la Eucaristía es más que una conmemoración. Nuestro Señor preguntó a aquellos que deseaban compartir un lugar en Su Reino si querían beber de la Copa de la que El bebía, y ser bautizados con el bautismo con que El había sido bautizado. Sabemos de qué se trató ese bautismo: fue el descenso del Espíritu Santo bajo el aspecto de una Paloma. La Paloma no fue sino un símbolo gracias al cual los sentidos finitos percibieron la manifestación del poder fulgurante del Tercer aspecto del Verbo, y la Copa es igualmente la ecuación simbólica de las experiencias interiores por las que pasó Nuestro Señor en el acto cósmico que redimió y regeneró a la humanidad. La Crucifixión en manos de las autoridades romanas no fue sino la manifestación material de la lucha espiritual que estaba ocurriendo. No fue el derramamiento de la sangre de Jesús de Nazaret lo que redimió a la humanidad, sino el derramamiento del poder espiritual desde la mente de Jesucristo.

Detrás de cada objeto material utilizado en el ritual hay un prototipo espiritual. El prototipo espiritual es creado por una experiencia que ha sido vivida por un ser espiritual viviente. Así como una tragedia puede hacer que un lugar sea visitado por "fantasmas" porque la intensa emoción allí experimentada permanece en la atmósfera mental, del mismo modo, cualquier gran experiencia espiritual -especialmente cuando se la intenta por sustitución de un objetivo determinado- crea una forma-pensamiento cargado de potencia espiritual. En esto yace el poder, no sólo del supremo sacrificio de Nuestro Señor en la Cruz sino también, según su grado, de los martirios y penitencias de los santos. Las formas-pensamiento son creadas mediante el sufrimiento consagrado por sustitución, que se transmuta en poder espiritual.

Por medio del símbolo físico, ya sea la Cruz, el Cáliz o la reliquia de un santo, el pensamiento se concentra en el acto del sacrificio. Contactamos la forma-pensamiento, y su potencia almacenada descargada en nuestra alma. Esto nos recuerda la cualidad espiritual que motivó el sacrificio, y la cualidad correspondiente se agita en nuestros corazones. Somos estimulados por un ejemplo inspirador para "ir y hacer del mismo modo", según

nuestro grado de desarrollo. La Cruz es sólo válida para nosotros en la medida en que crucifiquemos al yo inferior y su codicia. El Cáliz es sólo válido en la medida en que Cristo se ha elevado en nuestro corazón, y estemos luchando por realizar la vida de Cristo. .

A menos que podamos compartir la vida interior de un símbolo, su forma exterior no nos transmitirá nada. A menos que hayamos hecho un sacrificio voluntario por amor a Dios, aprenderemos muy poco de la cavilación acerca de la Cruz; salvo que hayamos sentido la luz ardiente del contacto de un espíritu viviente estimulando nuestro corazón, no recibiremos nada del Cáliz. Las palabras santificadoras del Sacerdote convierten a la copa en un Cáliz, pero es sólo la conciencia consagrada del que comulga lo que puede convertir al Cáliz en el Grial.

Como los caballeros del rey Arturo, no debemos contentarnos con el Cáliz en la capilla, sino ir en busca de esas grandes aventuras del alma que nos lleven al fin a tomar parte del Grial en la Iglesia que no ha sido hecha por los hombres, eterna en los cielos.

Epílogo

¿Y qué es hoy de Glastonbury? El Pozo del Cáliz es una escuela para muchachos. Mr. Bligh Bond se encuentra en los Estados Unidos, como secretario de la Sociedad Norteamericana para la Investigación Psíquica; las excavaciones en la Abadía no están ya dirigidas por los espíritus de los antiguos monjes sino por expertos arqueólogos, que excavan aquí y allá y en todos lados; a veces uno se pregunta si lo que encuentran tiene tanto valor como la serenidad del verde del césped perfecto que solía tener. Todo está admirablemente cuidado y rotulado; y hoy sé que no se debe permitir que los alelíes amarillos, los conejitos y los milamores crezcan en las viejas ruinas porque sus raíces hacen pedazos las rocas; pero, de algún modo, uno recuerda aquellos días estimulantes y desordenados con nostalgia.

El único que queda es Joe, que solía cuidar el césped impecable, y que cuenta historias de antiguas glorias, a ávidos oyentes. Dicen que los hombres que cuidan caballos crecen como estos; Joe sólo necesita una túnica y una soga alrededor de la cintura para ser el prototipo viviente de todos los alegres monjes de un cuento medieval. Ya no corta el césped, pues ha llegado una máquina para ese trabajo, pero, muy apropiadamente, preside la Cocina del Abad como el más noble de todos los hermanos legos y como un viejo amigo mío. Creo que él y yo somos los últimos sobrevivientes de los días de grandeza de Glastonbury.

La escuela de música dramática, fundada por Rutland Boughton en una gran casa en Bovetown, después de las vicisitudes a las que están sujetas todas las empresas artísticas, llegó a su fin, y sus estudiantes, informales y alegremente vestidos para gran escándalo de los rústicos del lugar, ya no traen su luz de Montmartre a nuestras serias calles de West-Country. La fama sonrió a su fundador; y aunque no podemos olvidar que sus alumnos andaban sin sombrero y hasta sin medias, comenzamos a sentirnos orgullosos de su asociación con el pueblo. Cuando haya muerto estaremos muy orgullosos de él.

Los israelitas ingleses, que también tienen estima por Glastonbury como lugar sagrado, abrieron un centro en la casa que alguna vez fue ocupada por Bligh Bond; pero eso, también tuvo su fin. De hecho, las ruinas de la Abadía y mi casa de huéspedes son las únicas empresas que han pasado la prueba del tiempo.

Lo último interesante que ocurrió aquí fue el fin del mundo, que ya ha sucedido tres veces. Glastonbury tiene una ubicación muy conveniente para este evento, ya que hay una profecía que anuncia que la cima del Peñasco va a sobresalir de las aguas cuando llegue el fin, y todos los que allí se reúnan estarán a salvo. Hay gente que ha venido a vivir a Glastonbury por esta razón, y siempre que se anuncia la fecha del fin del mundo se apresuran a volver de sus vacaciones y llenan cestas de picnic y las ponen a su alcance en la sala. Una vez, dos señoras regalaron todas sus prendas de lana porque había sido profetizado que el mundo acabaría a principios de septiembre, y cuando llegó noviembre y el mundo no se había acabado, tuvieron que pedir que se las devolvieran, con gran disgusto de quienes las habían recibido, ya que se habían perdido de aprovechar las liquidaciones de julio.

Mr. Powis utiliza esta profecía en su libro "Glastonbury Romance", que ha alarmado muchísimo a nuestros apacibles vecinos. ¿Acaso nos comportamos así en Glastonbury? No me había dado cuenta. Debo haberme perdido muchas cosas. Me temo que si la gente hace una peregrinación a Glastonbury esperando aventuras románticas al final de aquella, se van a sentir decepcionados. Realmente, no estamos a la altura de las descripciones del autor.

Después de haber dicho tanto sobre todo el mundo, casi me he olvidado de mencionarme a mí misma, aunque no sé si debería ser considerada como una de las celebridades locales, o uno de los espectáculos del lugar; probablemente esto último, cuando estoy cultivando el jardín.

En el apogeo de Glastonbury, cuando era la Bayreuth inglesa, acostumbrábamos decir que allí vivían los glastonburianos y los avalonienses; los glastonburianos eran aquellos que sólo conocían el lugar como un mercado y centro turístico, y los avalonienses eran quienes estaban en contacto con la vida espiritual de Avalon.

Creo que soy la última de los avalonienses, de aquellos que fueron atraídos a Glastonbury como un centro de renovada inspiración espiritual y artística, y la historia de mis actividades es tan rara como el resto de las gestas de Glastonbury que he relatado.

No es necesario decir que una choza de doce metros no es la clase de regalos que uno duda en aceptar. Sin fijarme en que no tenía donde ponerla, la recibí, y cuando quise darme cuenta, yo estaba contando peniques para pagar por la estadía de la choza en la estación y, realmente, una choza de doce metros puede salir muy cara.

Recorrí todo el pueblo con esa choza prácticamente bajo el brazo, buscando un lugar donde ubicarla, hasta que todo el mundo tuvo piedad de mí. Es bien sabido que existe una providencia especial para los borrachos, los niños y los tontos. Esa providencia me tomó de la mano, y ¡milagro! allí está mi choza a un lado del Peñasco, muy arriba, y sigue firme hasta hoy.

Hicimos de ella un hospedaje para los avalonienses, los espíritus selectos a los que no les molestaba subir el cerro. La hemos reforzado por delante y por detrás, y aunque las comodidades son limitadas e incompletas, y no es recomendable para los sofisticados, ella le da la bienvenida a todos aquellos que son avalonienses de corazón.

Mirando los techos de la ciudad desde nuestro elevado balcón, a menudo me pregunto si la vida de Avalon despertará nuevamente alguna vez, o si no seremos más que un espectáculo turístico y un pueblo-mercado. ¿Volverán estos huesos muertos a juntarse, uno con otro, como lo hicieron en Buckfastleigh? Se comenta que se levantará una gran nueva abadía a la sombra de la antigua. Todos los veranos, el día del solsticio, una alta cruz de madera de alerce se eleva descarnada contra el cielo, en el Peñasco detrás de nosotros y una larga procesión se mueve sinuosamente hacia arriba, monjes y monjas e Hijos de María, y nos llega su canto, y la voz de un hombre predicando fervientemente.

Si algún lugar pudiera convertirse en una Lourdes inglesa, ese lugar sería Avalon. Glastonbury ha hecho su parte lapidando a los profetas, pero creo que la Santa Iglesia Católica está hecha de un material más firme y decidido que Bligh Bond y sus visiones de otro mundo, y que Rutland Boughton con sus sueños de belleza; y yo, personalmente, tengo la esperanza de que Avalon compense lo perdido, restablezca su posición y, pagana incorregible como soy, pueda oír su Angelus desde mi alto balcón.

*Chalice Orchard,
Well-House Lane.*

Índice

1. El Camino hacia Avalon.....	2
2. La Avalon de Merlín.....	6
3. La Avalon del Grial.....	9
4. La Isla de Avalon.....	12
5. La Avalon de los Santos Célticos.....	15
6. Wearyall.....	18
7. El Espino Sagrado.....	21
8. La Glastonbury de los Monjes.....	24
9. La Abadía.....	27
10. Las Piedras de la Abadía.....	32
11. El Peñasco.....	35
12. Glastonbury Hoy I.....	39
13. Glastonbury Hoy II.....	41
14. Glastonbury Hoy III.....	43
15. Glastonbury Hoy IV.....	46
16. La Puerta de la Memoria.....	49
17. El Hallazgo del Cáliz.....	52
18. Avalon y la Atlántida.....	54
19. La Visión de Avalon.....	59
20. El Cáliz y el Grial.....	62
Epílogo.....	64

